

TESIS / ENSAYO

*Diana Sorensen*

***El Facundo y la  
construcción de la  
cultura argentina***

*BEATRIZ VITERBO EDITORA*

## Introducción

¿Otro libro sobre el *Facundo*? Basta echar una mirada a la intímida bibliografía acumulada sobre este libro fundacional para pensar que habría sido preferible dejar sin escribir este volumen. Pero el punto de partida de las páginas que siguen es precisamente la proliferación de escritos alrededor del *Facundo*, y las grietas ideológicas que los atraviesan.

Pues si bien hay un acuerdo general respecto de la importancia del libro, y sobre su status de clásico de las letras latinoamericanas, hay profundos desacuerdos sobre su interpretación y sobre la clase de mitos de construcción nacional que promovió. Hasta hoy la Argentina sigue embarcándose en acalorados debates sobre el libro de Sarmiento. Para algunos, es un legítimo reclamo a unirse al mundo desarrollado y tomar modelos de la civilización europea para alentar la modernización argentina. Para otros, contribuyó al insidioso discurso de inferioridad nacional que bloqueó la expresión de las aspiraciones populistas y rurales de la producción de la identidad nacional. Nadie trata al *Facundo* como un texto neutral.

Al crecer en la Argentina, dentro del medio un tanto excéntrico de una escuela inglesa, fui expuesta en mi infancia a la glorificación de Sarmiento y sus ideas. Cantábamos el "Himno a Sarmiento", que invoca sus luchas "con la pluma, con la espada, y la palabra", a la que no faltaba nunca a clases la llamábamos "una Sarmiento", y en las celebraciones conmemorativas del 11 de septiembre, el "Día del Maestro" (fecha de la muerte de Sarmiento) pronunciábamos largos discursos sobre su dedicación de toda la vida a la educación. Entre mis primeros recuerdos de lecturas escola-

res hay pasajes tomados de *Recuerdos de Provincia* (la higuera de Paula Albarracín se alzaba, emblemática, sin que yo supiera bien por qué; Sarmiento minero leyendo de noche en Copiapó era el epítome de la pasión por el saber) y el *Facundo*. Este último entraba en nuestra imaginación antes de que supiéramos qué hacer con su heterogeneidad discursiva; leíamos extractos sobre los problemas de los espacios desolados de la Argentina, sobre las intrigantes habilidades del rastreador, del baqueano, del gaucha malo que encarnaba un Facundo Quiroga fugitivo de la justicia cuando miraba a los ojos a un tigre. Juan Manuel de Rosas, por supuesto, era emblema de la omnipresente barbarie de la conflictiva vida política argentina; se evocaban recuerdos del gobierno de Perón oblicuamente mediante la colorida descripción del terror en los días de la Confederación. Una profesora de historia que mencionó el "revisionismo" nos alarmó con la posibilidad de que tuviéramos que reubicar nuestra distribución de cualidades buenas y malas. Pero sólo cuando fui estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires tuve que hacer frente al desmantelamiento de los mitos recibidos. Durante la década de 1970, cuando los gobiernos de Cámpora y Perón daban voz al populismo, el *Facundo* fue enjuiciado como documento de los "vendepatrias" que habían traicionado a la Argentina y literalmente se la habían entregado a los intereses extranjeros. Los ataques eran lanzados desde distintos ángulos, pero un blanco permanente era la dicotomía civilización/barbarie, a la que se invertía para poder leer todo el libro en sentido opuesto. El dramatismo y la energía de esos debates dejaron huellas que seguí en estudios en los Estados Unidos, cuando exploré los territorios más vastos de la literatura latinoamericana. La polaridad reaparecía en forma más o menos velada pero persistente en una panoplia de textos de los siglos XIX y XX, con las cualidades riesgosas, aunque seductoras, dadas por su capacidad de articular otras muchas oposiciones binarias tan profundamente arraigadas en nuestros hábitos de pensamiento.

Me intrigó la posibilidad de seguir las huellas del conflicto de interpretación que concernía a las lecturas del *Facundo* en la formación cultural de la Argentina. ¿En qué medida estas huellas podían dar cuenta de la naturaleza fracturada del país, de esa "Argentina en pedazos" que Piglia evoca de modo tan sugestivo en su libro, centrado en una escena de escritura desgarrada por la violencia; o de las metáforas de fracaso que apuntalan la *Inven-*

*ción de la Argentina* tal como la relata Nicolas Shumway? En palabras de uno de los detractores de Sarmiento, están los "sarmientones" que exaltan con delirio sus virtudes, mientras los "sarmientudos" lo condenan con igual pasión; puede ser divinizado o demonizado, pero nunca ignorado. En palabras de uno de sus admiradores, Sarmiento es la esencia de la "argentinidad", pero quizás, como lo dice otro, esa esencia sólo puede entenderse como algo compartido por él y Rosas:

Sarmiento y Rosas son ... los dos representantes genuinos de la argentinidad en sus luces y en sus sombras, algo así como la tesis y la antítesis de la vida nacional.<sup>2</sup>

Sin suscribir esta dialéctica hegeliana, el presente libro intenta explorar el interjuego constante de luz y sombra que ha sustentado las lecturas conflictivas del *Facundo* desde su publicación en 1845, tratando de tomar distancia de ellas de modo de construir una lectura de lecturas.

Enmarca a este proyecto una concepción de la escritura que puede resumirse en la observación de Barthes según la cual "escribir es ofrecer el habla (*parole*) a otros, de modo que puedan completarla"<sup>3</sup> Más bien que intentar un análisis más del *Facundo*, entonces, veré cómo el texto ha sido "completado" de muchos modos diversos, los cuales, a su vez, tienen que verse dentro de relaciones contextualizadas de poder, restricciones institucionales y otras circunstancias que afectan los "usos" que se le dan a un libro. De ahí que, como premisa básica, este estudio concibe la obra no sólo como algo destinado al lector, sino además necesitado de que el lector active y dé vida a sus significados. El texto, entonces, es un objeto para el sujeto lector activo, quien es un coproductor creativo en un proceso de comunicación no subordinado a la idea de una interpretación correcta o adecuada; idea que las páginas que siguen problematizarán. Una obra como el *Facundo*, que ha engendrado una pluralidad de lecturas, dramatiza la naturaleza inestable del texto mismo: lejos de ser un portador homogéneo de sentido, es una red de relaciones diferenciales no restringida a los límites físicos del libro, sino extendida sobre una vasta red de lecturas que pretenden legitimarlo, cuestionarlo o negarlo. Si un texto es una diseminación de sentidos, sus lecturas ponen en escena su producción.

Así como el texto no puede ser concebido con independencia de sus lecturas, las lecturas a su vez no pueden separarse de los con-

textos en los que funcionan, ni puede ignorarse la interacción entre diferentes contextos de lectura. Cuando se toma en cuenta el eje histórico, la sucesión de lecturas se vuelve parte de una cadena semiológica en la que los elementos del sistema interactúan entre sí: cada nueva lectura puede ser afectada por otras anteriores, y a su vez puede influir en las recepciones que seguirán. Si puede decirse que las variadas lecturas del *Facundo* constituyen su sentido, entonces pueden al mismo tiempo ilustrar en qué medida no existe un sentido objetivo de una obra. Mirando el libro a través de las capas de lecturas que se han acumulado a lo largo del eje diacrónico, uno tiende a subrayar los modos en que las lecturas están cargadas con los remanentes de otras lecturas, que proporcionan una especie de basamento arqueológico, y por ello una dimensión intertextual. La productividad de una obra reside en las lecturas variadas y a veces inesperadas a las que da lugar, en las nuevas estructuras de recepción, que resultan de diferentes interpretaciones. El acto de "desenganchar"<sup>4</sup> la obra del contexto de producción pretende impedir la clausura en su estudio y abrirlo a las relaciones múltiples que tendrán lugar en las lecturas de diversos lectores.

A su vez, las lecturas no son autónomas del contexto, sino determinadas por una cantidad de factores que las conforman. Como ha afirmado tan persuasivamente Hans Georg Gadamer, la interpretación de cada texto es un hecho creativo que no se limita a reapropiar el mensaje textual del pasado: también incorpora el presente del intérprete.<sup>5</sup> De hecho, el marco de cada lectura difiere necesariamente de aquel en que fue constituida originalmente como significativa. Leer es una meditación entre diferentes posiciones intelectuales y culturales; no es infrecuente que tenga lugar por caminos menos que armoniosos, y que requiera intervenciones tanto destructivas como constructivas que pueden afirmar, negar o desestabilizar ideas en circulación. Y como el sentido que, por razones de simplificación, podría llamarse inicial, ya está embarcado en el movimiento de la historia, la noción de una interpretación final válida tiene poco sentido. La recepción del *Facundo* ilustra la bancarrota de esa noción, y la medida en que cada época tiende a comprender la tradición escrita a su modo. Arthur Danto sugiere una dificultad adicional: aun si uno fuera a describir completamente el contexto inicial del texto, no sería posible ubicarlo en todas las historias que lograrían reconstruirlo.<sup>6</sup>

Si la idea de tradición debe ser cuestionada para acomodar una medida de escepticismo respecto de la interacción entre pasado y presente, tomando en cuenta las condiciones bajo las cuales la tradición se desarrolla y cambia, podría rastrear el modo en que los sentidos se constituyen y modifican, se consolidan y debilitan. Cuando se estudia al *Facundo* a través de sus lecturas, lo que emerge es un proceso en y a través del cual una sociedad articula su cultura y al hacerlo produce y media el conflicto, dándole forma a las relaciones sociales. Dentro de los esquemas que emergen, se detectan los distintos mecanismos interpretativos desplegados en diferentes subculturas. El campo cultural aparece fragmentado y discontinuo; no obstante, las relaciones complejas entre ideología, conocimiento y poder se presentan como reguladoras de las luchas por la supremacía interpretativa. En otras palabras, se hace claro que las interpretaciones en conflicto del *Facundo* nacen de diferencias tales como la afiliación política, los conceptos de la nación, o los usos de la cultura. Así, es interesante rastrear las diferencias en cuanto al sitio desde el cual son producidas. Cuando estudio la recepción del clásico de Sarmiento, entonces, examino las fuerzas institucionales que legitiman las interpretaciones, las afiliaciones de quienes hicieron afirmaciones de validación sobre el libro, las formas de legitimación desplegadas, y los términos en los cuales tiene lugar el combate no resuelto por la hegemonía interpretativa. Esto implica examinar procesos interrelacionados tales como la producción y el consumo, la comunicación y la selección, la recepción y la acción. La conexión entre el texto y la vida práctica aparece como activa y fértil; arroja luz sobre la constitución de la cultura argentina y sobre algunos de los modos en que se desarrolló la conciencia histórica, de modo que los problemas planteados se relacionan con la historicidad de los textos y la textualidad de la historia. Es interesante ver cómo la identidad nacional puede observarse desde el punto privilegiado de un clásico y sus lecturas, cómo estas constituyen un repertorio de interpretaciones en conflicto, y la medida en que la polémica puede dar un modelo para comprender la formación cultural. Persuadir a del encastre social y material de todos los modos de escritura, he basado mi trabajo descriptivo e interpretativo en la sociedad y la historia de modo de ampliar y profundizar mi preocupación con el lenguaje y la lectura. Por ello, confío en que el examen de las prácticas discursivas engendradas por un clásico contribuirán no sólo a los estudios literarios sino también a las áreas relaciona-

das de la historia, el pensamiento político y el estudio de las formaciones ideológicas. De este modo, el examen participará de la reestructuración en marcha de los límites disciplinarios que hacen de las humanidades un campo de trabajo significativo intelectual y socialmente.

La concepción de la historia que apuntala este proyecto escapa a la noción hegeliana de comprensión como proceso unificado que garantiza la inteligibilidad de los hechos en una secuencia diacrónica homogénea. En lugar de ello, los períodos históricos serán vistos como mezclas de hechos que emergen en distintos momentos de su propio tiempo, marcado por discontinuidades foucaultianas y la construcción de lo que podríamos llamar un archivo de las lecturas del *Facundo*. Como señala Roman Jakobson en sus *Essais de linguistique générale*, "Como la historia del lenguaje, la poética histórica debe concebirse como una superestructura, edificada sobre una serie de descripciones sincrónicas sucesivas".<sup>7</sup>

### Una fórmula para el conflicto: civilización versus barbarie

Las tensiones que han caracterizado la recepción del *Facundo* derivan en no pequeña medida de la dicotomía que eligió Sarmiento para dar cuenta de las luchas en la era post Independencia. Aunque no fue su creador, su astuta apropiación la volvió un paradigma influyente en la literatura latinoamericana, que ha engendrado un archivo de escritura, ya sea ratificándolo o negándolo. Obras tan distintas como *Martín Fierro* o *Doña Bárbara*, cada una a su modo, dan testimonio de la profunda huella de la fórmula sarmientina en la construcción de la cultura.

La dicotomía civilización-barbarie está atravesada por la diferencia. Es un acertijo a dos voces que afirma y niega, que contiene la matriz de tradición y contradicción de un modo nietzscheano, agonístico. Obviamente es un caso de la oposición conceptual de la metafísica occidental, y su larga vida manifiesta el poder de este modo polarizado de pensar, por un lado, y por el otro el poder de su estructura "o/o" para alentar el conflicto en la formación cultural. El campo discursivo regido por la fórmula ha dominado las lecturas del *Facundo* como si fuera a la vez su ceguera y su perspi-

caia, proporcionando una poderosa herramienta conceptual y un campo fértil para el ataque. Aun una revisión somera a la recepción del *Facundo* sugiere que la polémica que la rodea ha sido lanzada con más frecuencia desde el punto privilegiado de la famosa dicotomía. No puede sorprender que sus términos se reflejen no tanto a una condición específica como a concepciones problemáticas de valores sociales.

No carece de interés rastrear la historia de los términos en cuestión, y ver en ellos un caso del funcionamiento del lenguaje, la cultura y la ideología. Si estamos de acuerdo con Emile Benveniste en que la historia del pensamiento moderno está ligada a la creación y mantenimiento de "unas docenas de palabras esenciales, cuyo conjunto constituye el bien común de las lenguas de la Europa occidental"<sup>8</sup>, puede ser fecundo investigar la emergencia de un término tan cargado como "civilización".<sup>9</sup> Hay una conjunción elocuente entre una cierta experiencia de la cultura y la sociedad, y la necesidad de expandir el repertorio lingüístico. Como ha señalado Lucien Febvre, el término no existía hasta la segunda mitad del siglo XVIII, hecho que da una sugestiva oportunidad de examinar sus raíces en una concepción de la razón, el progreso y la perfectibilidad de la condición humana. En la historia del término, como afirma Febvre, se confronta la emergencia de una formación cultural:

Hacer la historia de la palabra francesa *civilisation* sería reconstituir, en realidad, las fases de la más profunda de las revoluciones que haya consumado, y sufrido, el espíritu francés desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta nuestros días. Y en consecuencia, desde un punto de vista particular, abrazar en su totalidad una historia cuyo atractivo y brillo no quedaron limitados a las fronteras de un Estado.<sup>10</sup>

Febvre encuentra el sustantivo impreso por primera vez en 1766, aunque cree que fue acuñado antes,<sup>11</sup> y de hecho tanto Emile Benveniste como Jean Starobinski<sup>12</sup> registran apariciones anteriores. Aunque Starobinski lo encuentra en fecha tan temprana como 1743, en el *Dictionnaire universel* de Teyroux, encuentra discutible su significación porque tiene un espectro de sentidos puramente jurisprudenciales. Tanto Starobinski como Benveniste coinciden en que el Marqués de Mirabeau puede haber sido el que lo usó por primera vez en sentido no jurídico, en su *Ami des hommes* (1756-1757, pág. 176), donde aparece muchas veces en sentidos que no son inequívocos.<sup>13</sup> Hacia 1798, el término habría adquirido consi-

derable circulación en los escritos de Raynal, el Abbé Baudeau y Diderot, pero su triunfo sólo llega con la Revolución Francesa.

En la historia de la palabra inglesa, podemos recordar la historia que cuenta Boswell sobre cómo Johnson se resistía a admitir *civilisation* en la cuarta edición de su Diccionario, por preferir *civility* para expresar lo opuesto de barbarie. Parecería que el escocés Adam Ferguson, de la Universidad de Edimburgo, en *An Essay on the History of Civil Society*, de 1767, fue el primero en usar la palabra en inglés.<sup>14</sup> La obra seminal de Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of Wealth of Nations* (1776) contiene unas pocas apariciones de la palabra con la connotación de avance hacia un nivel más alto de desarrollo humano.

Pues realmente la palabra "civilización" es acuñada para cubrir los vacíos dejados por otras palabras existentes, para introducir o borrar modulaciones de sentido contenidas en palabras existentes. Así, *civilité*, un término muy viejo, aludía a la honestidad y cortesía de modales, mientras que *civil* tenía implicaciones políticas y judiciales. También había un racimo semántico alrededor de las palabras *police*, *police*, *police*, *politesse*, *politeia*, *urbanitas*, todas sugestivas de la ley, el orden, la administración, la ciudad o polis, el gobierno, y opuestas a su ausencia en el estado de barbarie. La palabra "civilización", entonces, fue necesitada específicamente para designar el triunfo de la razón en sentido político, intelectual y moral. Proclamó el espíritu de la *Encyclopédie*, de la ciencia racional y experimental. Su postura autorreflexiva indica una conciencia emergente sobre el desarrollo de la vida colectiva, y no tarda en tomar conciencia de otras civilizaciones, a la vez que retiene un sentimiento de dominio crítico sobre la otra. En ese sentido quedó ligada a su opuesto en tanto implica una perspectiva de la perfectibilidad de la sociedad humana alejándose de los estadios primitivos, salvajes, bárbaros. Diderot resume esto en términos claros: "Instruir a una nación, es civilizarla: extinguir los conocimientos, es devolverla al estado primitivo de barbarie..."<sup>15</sup>. Este sentido de "civilización" implicaba la culminación de una concepción histórica lineal, ascendente: ¿cómo no verlo como un caso revelador del entrelazamiento de lenguaje e ideología? También puede haber una cualidad paradójica en el término: como lo expuso agudamente Jean Starobinski, puede señalar a la vez la consolidación de un sentimiento de misión y logro, y una crisis concomitante: "El derrumbe de lo sagrado institucional, la imposibilidad para el discurso teológico de seguir valiendo como

'concreto y absoluto' invitan a la mayoría de los espíritus a buscar con la mayor urgencia absolutos sustitutivos".<sup>16</sup> La palabra "civilización" pudo verse como algo que venía al rescate, con todo lo que implica en términos de perfectibilidad humana y creencia en la razón, como alternativa a la religión. El modelo conceptual que proporcionaba permitió una variedad de usos que se referían tanto a sí misma y a su contrapartida implícita (la barbarie) como parte de una familia de conceptos a través de los cuales podía nombrarse un opuesto en un ritmo marcado por uno mismo y el otro. Lingüistas, viajeros y exploradores de los siglos XVIII y XIX lo encontraron práctico (en conjunción con su opuesto) como una herramienta para registrar impresiones de los distintos estadios del desarrollo humano encontrados al recorrer el planeta y sus habitantes desde su punto de vista superior. El gran explorador Wilhelm von Humboldt hizo comentarios sobre esta curva ascendente desde la barbarie y hacia un sistema de tres capas que incluía *Zivilisation*, *Kultur* y finalmente *Bildung*.<sup>17</sup> En el curso del siglo XIX, la palabra tomó connotaciones de superioridad cultural a medida que el expansionismo del Occidente producía una ideología del Imperio que era parcialmente justificada por la idea de que los pueblos inferiores, salvajes y bárbaros, serían elevados de su condición en la empresa civilizadora. Como lo ha señalado Roberto Fernández Retamar, la dicotomía civilización-barbarie no puede separarse del ascenso del capitalismo.<sup>18</sup> Según su punto de vista, fue parte del desarrollo del capital y su necesidad concomitante de crear mercados mundiales. En su apoyo hubo un grado de etnocentrismo que tendió a subrayar las diferencias entre los europeos y los no europeos. Citando a Engels, Fernández Retamar alude a las implicaciones materiales de la dicotomía, pues en la interpretación marxista la base de la civilización es la explotación de una clase por otra. Dentro de este contexto, recordamos la poderosa afirmación de Walter Benjamin, "No hay documento de civilización que no sea al mismo tiempo un documento de barbarie."<sup>19</sup>

En los primeros años del siglo XX, la fórmula metropolitana estaba circulando en los diarios del área del Río de la Plata, en los fundados durante el Virreynato (*Telégrafo Mercantil*, *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, *Correo de Comercio*) así como en los que siguieron a la Revolución de 1810. Según F. Weinberg, es en el *Mensajero Argentino*, publicado por los seguidores de Rivadavia, donde la dicotomía es expuesta como tal por primera

vez.<sup>20</sup> En un libro reciente, Jaime Pellicer desarrolla la idea de que fue el amigo y compañero de exilio de Sarmiento, Vicente Fidel López, quien realmente transplantó la polaridad al ámbito cultural latinoamericano en su tesis de graduación, *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*.<sup>21</sup> Sarmiento toma de ahí ideas de lucha e historia, para registrar el progreso de la nación en su fase postcolonial. Aunque parece haber un cierto determinismo geográfico en su pensamiento en tanto la tierra y su impacto en el proceso de socialización bloquee el crecimiento de una sociedad civilizada, el impulso histórico que mueve la fórmula civilización-barbarie parece garantizar un movimiento hacia adelante, que culminará en el triunfo de la civilización, como puede verse en los capítulos finales del *Facundo*. Para todos los que se veían inmersos en la empresa de modernización, el llamado a terminar con el poder de los caudillos rurales, compendiados en las figuras de Quiroga y Rosas, se apoyaba en la validez de la misión civilizadora.

"Un término con una carga sagrada demoniza a su antónimo", declara Starobinski al discutir el poder con que la carga conceptual de "civilización" transporta en sí un juicio negativo de su opuesto.<sup>22</sup> Sostenido en la poderosa tensión topológica de la dicotomía, el término "barbarie", el "afuera" de la civilización, su opuesto, tiene una historia mucho más larga, de la que da cuenta el hecho de que representa el temor con el que en general se ha enfrentado al otro. De hecho, la palabra aparece en una contribución a la *Encyclopédie* escrita por el Abbé Yvon para la edición de 1751, en la que "civilización" está ausente. La palabra "bárbaro", como su pariente semántico "salvaje", ilustra cómo puede progresar la definición por negación, y cómo la diferencia puede ser expresada por la asignación de cualidades negativas o interiores a lo que se percibe como una amenaza a la norma societaria.<sup>23</sup> Más aun, el término marcó el límite entre un afuera y un adentro, ya que para Aristóteles y sus comentaristas los *barbaroi* eran excluidos de la *oikumene*, o la familia del hombre. Una implicación importante de la palabra "bárbaro" fue, desde los tiempos de la Grecia Clásica, que podía ser aducido como una justificación para la esclavitud. Esta relación pragmática ha sido expuesta por Lewis Hanke en su libro seminal *Aristotle and the American Indian*, con una cantidad de ejemplos que ilustran cómo contribuyó al discurso de la dominación de los indios norteamericanos. La obra de Anthony Pagden examina estos términos y sus raíces aristotélicas, revelando la

medida en que la legitimidad del dominio español en el siglo XVI estaba relacionada con la interpretación y la definición de las palabras "bárbaro" y "barbarie". La urgencia por establecer el espectro de significados asociados con estos términos en autores como Vitoria, Sepúlveda, Las Casas y Acosta sugiere su peso problemático en cuestiones como la legalidad, la teología, la naturaleza del mundo y sus habitantes. Como prueba con elocuencia el libro de Pagden *The Fall of Natural Man*, un desplazamiento de enfoque fundamental permitió a los españoles justificar su dominio sobre los indios americanos: sin examinar más los "supuestos derechos jurídicos de los conquistadores", pusieron bajo la mira en su lugar la naturaleza del pueblo conquistado.<sup>24</sup> Centrarse en la noción de barbarie fue el truco que permitió ubicar la cuestión del poder en un marco conceptual nuevo. Afirmar o negar las supuestas fallas de los indios fue la operación en la que se apoyaría la naturaleza del dominio español. Así, aun cuando un bárbaro no fuera un esclavo natural, necesitaba la mediación provista por la España cristiana para empezar a borrar las marcas de extranjería y pasar gradualmente del afuera a un adentro. Sólo los provistos de civilidad podían hacer posible esa transición.

Por supuesto, podrían escribirse varios capítulos sobre los usos de la palabra "barbarie" para designar la condición de gauchos, llaneros, gente de origen africano o indios. Aun una obra como el *Martín Fierro*, de 1872, tan consciente de la condición del gaucho desamparado, despliega con insistencia términos como "salvaje" o "bárbaro" para referirse al indio. Es muy raro encontrar una perspectiva de relativismo cultural como la que hay en Las Casas o Montaigne. En América Latina, el recordatorio más realista de los peligros de una aceptación acrítica de la ideología de las civilizaciones europeas es el elocuente "Nuestra América" de Martí: hacia 1891 los problemas de adherir a la ideología de la dominación occidental se estaban haciendo evidentes. Pero aun antes de que el patriota cubano hiciera su llamado contra la adhesión a criterios extranjeros de modernización, varias notas precautorias habían sonado en boca de otros escépticos del impulso de modernización. En la década de 1850 Juan Bautista Alberdi cuestionaba con agudeza la ciega aceptación de los valores europeos, y lo hacía con frecuencia en sus ataques al *Facundo* y a su impacto. El venezolano Ramón Ramírez, en *El cristianismo y la libertad: ensayo sobre la civilización americana* (1855) señalaba los males causados por

el intento de asimilar los valores europeos a expensas del bienestar de la mayoría y de una genuina identidad continental.

Con la llegada del siglo XX, el legado de Nietzsche y Freud, los movimientos de resistencia, la autoconciencia antropológica de pensadores como Lévi-Strauss, y la postura irónica y cuestionadora con respecto a las consecuencias del imperialismo han permitido el desarrollo de un sostenido discurso crítico a las implicaciones de la fórmula problemática. Pero ya desde temprano la adhesión plena a las virtudes imputadas a la civilización sobrellevaron un cuestionamiento. Una palabra que había ganado su ascendencia con la Revolución Francesa fue puesta en contextos problemáticos por quienes se oponían a ella, como Edmund Burke, quien apuntó a la "salvaje brutalidad" de un Estado que había terminado con la religión y la nobleza. La "civilización" era problematizada por la inclusión de la "barbarie" dentro de ella, como una amenaza latente. Hasta el "inventor" de la palabra, el Marqués de Mirabeau, aludía a la "barbarie de nuestras civilizaciones" y a la "falsa civilización", pues la palabra era parte de una empresa crítica desde su concepción.

En los primeros meses de 1848 apareció en *El Comercio de Valparaíso* una reveladora serie de artículos titulada "La civilización: Conferencias Jerundianas". Muestran cómo, por un lado, la civilización era vista como proveedora de las cualidades consideradas necesarias en los primeros estadios de la formación nacional ("aquel grado de cultura que adquieren los pueblos o personas, cuando de la rudeza natural pasan al primor, elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres de jente culta. Urbanitas, civilitas, comitas"),<sup>25</sup> mientras por otro no lo hace sin un reverso claramente negativo en términos de moral, religión y hasta "el deseo de adquisición".<sup>26</sup> Así, el uso de la fórmula no carece de connotaciones inherentes en la medida en que el término positivo a su vez se dividía a lo largo de líneas provenientes de una nota precautoria sobre los peligros de la decadencia. La astuta apropiación hecha por Sarmiento de la dicotomía tenía por una parte la ventaja de generar conceptos y teorías, pero por el otro le transmitía su naturaleza fracturada al debate sobre el destino de América Latina.

Sin seguir en detalle el extenso repertorio de textos y teorías que invoca la fórmula, es esencial notar el importante libro cuestionador de Roberto Fernández Retamar, *Calibán*, encabezado con la fórmula, y que reclama la identidad de Calibán como el

otro asumido de modo desafiante por América Latina en respuesta a su posición postcolonial. Fernández Retamar a la vez subvierte la fórmula sarmientina y sigue dentro de su esfera, revelando qué profundamente ha instalado los términos dentro de los cuales puede articularse el debate: el crítico cubano sigue necesitado de elegir uno de los dos polos, incapaz de liberarse de la lógica binaria en la que está encastrado el proceso de significación.<sup>27</sup> Por lo demás, y como Fernández Retamar advierte bien, el reclamo desafiante de Calibán como proveedor de identidad es en sí mismo un signo de dependencia:

Asumir nuestra condición de Calibán implica repensar nuestra historia desde el otro lado, desde el otro protagonista. El otro protagonista de *La Tempestad* (o, como hubiéramos dicho nosotros, *El Ciclón*), no es por supuesto Ariel, sino Próspero. No hay verdadera polaridad Ariel-Calibán: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero.<sup>28</sup>

La persistencia de la polaridad le ha permitido sobrevivir al giro autorreflexivo de nuestros tiempos, a veces apareciendo en debates muy contemporáneos sin desprenderse de sus trampas decimonónicas. Un ejemplo es un debate del que participaron Mario Vargas Llosa, Arcadio Díaz Quiñones y Tomás Eloy Martínez en la primavera de 1998, en el que el intercambio de opiniones sobre la modernización, la apertura de barreras comerciales siguiendo el impulso del liberalismo económico, la venta de empresas de propiedad del Estado, y la descentralización de las economías nacionales, es llevado adelante en los términos propuestos por Sarmiento, quien es invocado en la conversación. Después de que Vargas Llosa ha expuesto sus ideas políticas, Díaz Quiñones las resume así: "A esta altura de la conversación advierto que el verdadero modelo de Mario Vargas Llosa para el espacio público es Sarmiento, con su discurso civilizador y modernizador, y sus ideas de civilización y barbarie".<sup>29</sup> No sorprende que el editor del Suplemento Cultural de *Página 12* haya elegido como título para el texto "La modernidad a cualquier precio", aludiendo a la controversia no resuelta de la escena postcolonial. Una importante contribución reciente al estudio de mujeres escritoras en la argentina, el lúcido libro *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*, de Francine Masiello,<sup>30</sup> proclama y a la vez debate la fórmula tenaz, ubicándose en el espacio "entre" ella para explorar precisamente "un gesto femenino contra el binarismo".<sup>31</sup> Abrir un espacio discursivo alternativo impli-



ca un intento de trascender la lógica binaria inscrita en la disyunción de Sarmiento: "Una tercera posición ... se sitúa ni en las moradas de los civilizados ni en los campos de los bárbaros: una fusión de los dos es pronunciada en los preceptos de mujeres escritoras que socavaban la lógica binaria".<sup>32</sup> Es su imponente presencia en el campo cultural de América Latina la que, al menos en parte, explica la importancia del *Facundo* en la cultura argentina: es una máquina para engendrar textos y discursos interpretativos.

### Un libro para una nación

Josefina Ludmer se refiere al *Facundo* como "la primera catedral de la cultura argentina"<sup>33</sup> y, como Tulio Halperín Donghi, ve la cultura nacional como continente y contenida por la doble voz del *Facundo* y *Martin Fierro*. Para Ludmer, de hecho, aunque Sarmiento estuvo cerca pero no llegó a producir "literatura gauchesca" por no darle al mismo Facundo Quiroga la voz en el texto, la oyó todo el tiempo ("Era la voz de su delirio, de su sueño, porque la tenía adentro y porque esa era la voz de la patria cuando escribió *Facundo*"),<sup>34</sup> y puso en escena la escritura gauchesca cuando Facundo Quiroga es presentado eligiendo la deserción sobre la disciplina, después de haber sido reclutado en 1810 en el regimiento de Arribeños a las órdenes del General Ocampo.<sup>35</sup> El "vacío" dejado por Quiroga en el ejército al optar por sus propios reclamos de poder, "por el valor y el crimen, el gobierno y la desorganización",<sup>36</sup> es a la vez su ausencia del regimiento patriótico y del género gauchesco. Esa ausencia también invoca la tensión que sostiene la división civilización/barbarie:

La barbarie no sólo dramatiza el enfrentamiento con "la civilización" sino un segundo enfrentamiento interior, consigo misma... Contiene una parte de civilización, valor y gobierno, asociada con crimen y desorganización. La doble tensión, hacia afuera y adentro de sí es la mejor definición del *Facundo*, el texto de Sarmiento.<sup>37</sup>

Es esa tensión entre el adentro y el afuera de una formación cultural la que ha dibujado la identidad argentina, a la vez desgarrada y sostenida por la división *Facundo/Fierro*. Volviendo al sugerente texto de Ludmer una vez más, se nos recuerda la tenaz presencia de Sarmiento aun en el género que él habría silenciado.

Sarmiento, *Facundo*, es el guía histórico del género por sus palabras escritas y por el espacio desde donde están escritas. Cada vez que las palabras de Sarmiento, el revés exacto del género y su punto de contacto máximo, entran en un texto del género hay una vuelta y Sarmiento se hace presente en su corazón.<sup>38</sup>

Enmarcados por la identidad y la diferencia, los dos textos fundadores de la cultura argentina median y a la vez engendran el conflicto. El *Facundo* parece contener las combinaciones que permitirían la organización de un espacio en el que la cultura se modela: la resistencia y el cuestionamiento, la canonización y la legitimación están encastradas en él y han determinado el sentido fracturado de la tradición que bien puede llamarse la "problemática argentina". Como ha observado Nicholas Shumway, "la disposición mental peculiarmente dividida creada por los intelectuales decimonónicos que dieron forma a la idea de la Argentina"<sup>39</sup> persiste hasta hoy, debilitando el consenso y la creencia en la unidad o, al menos, en la comunidad. La "ficción guía" que legó Sarmiento a la nación ha sido, paradójicamente, a la vez profundamente divisoria y abarcadora: no del todo distinta del *pharmakon* de Platón, es a la vez la condición de la diferencia y el gozne por el que los términos opuestos comparten un elemento común.<sup>40</sup> De hecho, los lectores más incisivos de la cultura argentina son llevados a fusionar sus dos voces antagónicas, viéndolas como los dos lados de la misma moneda, o como la luz y la sombra presentes en la memoria cultural de la nación. Un pasaje de *José Hernández y sus mundos*, de Tulio Halperín Donghi, merece ser citado en extenso en razón de las fecundas visiones que promueve sobre los textos y sus mundos:

El culto de la simetría (entre *Facundo* y *Martin Fierro*) no bastaría sin embargo para explicar la tenacidad con que se sigue buceando en su busca. El atractivo que, luego de tantas decepciones, la empresa sigue manteniendo para muchos deriva de que prefieren buscar en Hernández una alternativa, antes que un paralelo, para Sarmiento: ese monumento secreto de una literatura soterrada, cuya presencia *Martin Fierro* permite adivinar, es el correlato ideológico y literario de una tradición política temporalmente derrotada ofrece a su juicio el tema central para cualquier historia veraz de la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX, y con la cual se identifican por otra parte apasionadamente; *Martin Fierro* es entonces el *Facundo* y Hernández el Sarmiento de ese hemisferio de luz que los servidores de las tinieblas, efímeramente victoriosos, buscaron, con éxito igualmente efímero, borrar de la memoria de la nación.<sup>41</sup>

La persuasiva prosa de Halperín Donghi nos enseña a ver al peligro claro en el cuadro de la Argentina, vuelto más peligroso todavía por el intento de borrar la luz de resistencia sumergida. Esos intentos sin éxito han producido una panoplia de efectos mundanos y textuales, que van desde los recientes horrores en la historia del país a las metáforas frecuentes de enfermedad y fracaso desplegadas en el discurso sobre la nación.

Si la cultura nacional organiza y sostiene la memoria comunitaria, la necesidad de redespigar y reinterpretar sus textos fundadores sería sugestiva de los modos en que los problemas no resueltos empujan a una revisión del pasado. Leer el *Facundo* ha sido uno de los medios de conceptualizar los conflictos del pasado y, también, de prever las posibilidades del futuro, pero en la mayoría de los casos el esfuerzo ha implicado llegar a un acuerdo inicial con la interpretación sarmientina de la nación, desplazándola o corroborándola. Un intelectual tan apasionado como Ezequiel Martínez Estrada, quien evocó de modo tan vívido la experiencia del fracaso argentino en su angustiada *Radiografía de la Pampa*, escribió con insistencia sobre Sarmiento, como si necesitara ponerse de acuerdo con el padre fundador antes de desplazar su propio pensamiento.<sup>42</sup> Vio a Sarmiento como una "cristalización" de la ecuación nacional, como el autor cuyos escritos contenían todos sus términos, como el "problema nacional por excelencia", como el "ejemplo del ser argentino". Martínez Estrada queda atrapado en el doble forcejeo que lo obliga a admirar a Sarmiento mientras, al mismo tiempo, hace objeto a sus ideas de un frecuente escrutinio crítico. Si, por un lado, proclama que "él y el país son la misma verdad", por el otro denuncia el efecto pernicioso del paradigma civilización/barbarie sobre la base de que, en razón de él, "los fantasmas desplazaron a los hombres, y la utopía devoró la realidad".<sup>43</sup> Si en *Radiografía de la Pampa* Sarmiento es denunciado como "el más perjudicial de esos soñadores", *Los invariantes históricos del Facundo*, en cambio, reconocen la medida en que los temas vitales profundos del país deben entenderse dentro de los parámetros establecidos por un *Facundo* concebido como una profecía y un mito. El título del libro anuncia la aporía de una historia que está detenida en la fijeza invariable de una obra canónica: el *Facundo* recuerda vagamente a ese "libro total" sobre cuya existencia se rumorea en "La biblioteca de Babel": tal como lo concibe Martínez Estrada, contendría todas las combinaciones posibles necesarias para entender la nación. De hecho, las

cualidades estáticas que el texto ha legado a la configuración de la problemática argentina lleva a Martínez Estrada a exponerlas como diferentes formas de invariantes. Así, está la "invariante España", con características "estructurales, constitucionales, específicas y orgánicas", que dan cuenta de los paralelos que siguen viéndose entre España y la Argentina en el siglo XX; o la "invariante estructural de retroceso en el desarrollo del país", que explica los problemas institucionales, los malos hábitos de las clases dirigentes, y la declinación moral.<sup>44</sup> Gran parte de la distancia crítica que ha separado a Martínez Estrada de Sarmiento en sus primeros libros aparece significativamente disminuida en éste posterior, donde la certidumbre de la presciencia de Sarmiento en el *Facundo* lo transforma en un diagnóstico y un oráculo. El pasado y el futuro de la nación son peligrosamente fusionados en un clásico dotado del poder de contenerlo todo, a la vez que prevé los problemas y los términos en los que se configurarán. Un ejemplo sería la aceptación, en esta obra tardía de 1974, de la dicotomía campo/ciudad, vista como prefiguración de ideas después formuladas por Tonnies, Geddes, Spengler y Mumford. Como "libro anunciador" llega inclusive a anticipar el fascismo. Su hallazgo clave es el mito negativo de las fuerzas bárbaras provenientes del Facundo Quiroga. Pero el hallazgo es también su perdición; y aquí está el peligro de muchas lecturas de nuestro libro: "Pero esto mismo lo hace temblar a cien años de distancia, pues todo mito es el afloramiento a los umbrales de la razón de las fuerzas irracionales más arcaicas".<sup>45</sup> Martínez Estrada postula con vehemencia y elocuencia infrecuentes la razón agonística e insalubre de la persistente importancia del *Facundo*:

Si hoy se nos ofrece con una actualidad tan vigente como hace un siglo es por dos circunstancias: porque no se ha hecho nada —excepto alguna obra reciente— que lo supere como calidad literaria ni como visión profunda de los órganos internos de la realidad, y porque esa realidad profunda, la de los órganos internos, no ha podido ser saneada.<sup>46</sup>

El persistente despliegue de tales imágenes de enfermedad y fracaso es una de las conocidas obsesiones de Martínez Estrada, pero no es del todo excepcional en el campo discursivo de las interpretaciones del *Facundo*. Con una disposición intelectual y emocional muy diferente, y templado por su cultivado laconismo, la lectura que hace Borges del *Facundo* afirma la convicción de que su importancia deriva de la persistencia de validez de sus tesis

sobre una escena nacional donde el cambio ha sido apenas cuestión de apariencias:

El *Facundo* nos ofrece una disyuntiva—civilización o barbarie— que es aplicable, según juzgo, al entero proceso de nuestra historia. Para Sarmiento, la barbarie era la llanura de las tribus aborígenes y del gaucha; la civilización, las ciudades. El gaucha ha sido reemplazado por colonos y obreros; la barbarie no sólo está en el campo sino en la plebe de las grandes ciudades y el demagogo cumple la función del antiguo caudillo. ... La disyuntiva no ha cambiado. *Sub specie aeternitatis*, el *Facundo* es aún la mejor historia argentina.<sup>47</sup>

Tratando de construir una genealogía de esas posiciones interpretativas, y de las formas de representación a través de las cuales el libro llegó a su público lector, este libro se propone describir la pregunta por su continua centralidad en el imaginario nacional, mientras atiende a los no infrecuentes intentos de derribarlo. Después de años de lecturas a veces tediosas de innumerables lecturas del *Facundo*, se hizo claro que el único modo de extraer sentido del exceso discursivo que tenía frente a mí era concentrarme en una selección de momentos de densidad semántica e interés. Tal fue entonces el principio organizativo de este libro.

Si las lecturas del *Facundo* han ayudado a construir la problemática de la tradición argentina, la cuestión aquí es precisamente cómo las contradicciones y conflictos irresueltos sobreviven en formaciones culturales y contraculturales. Más aun, si un clásico es investido de autoridad, ¿cómo es cuestionada esta autoridad cuando se logra en un campo discursivo caracterizado por la lucha y la debilidad del consenso? Ricardo Piglia ha declarado en tono pesimista y conmovedor que "*Facundo* ha sido escrito para no ser entendido": yo querría contribuir no tanto a entenderlo (aunque la empresa no carece de atractivo) sino a indicar los senderos a veces sinuosos de esta mala comprensión. Como nos recordó Raymond Williams, una posición hegemónica está sufriendo constante resistencia, limitaciones, modificaciones, pero también se está renovando y recreando en un proceso que nunca puede separarse del poder y la política: la persistente dominación del *Facundo* en la escena nacional es un buen ejemplo, tan poderoso y tan vulnerable al mismo tiempo. En sus ciento cincuenta años de vida vemos cómo la nación como comunidad imaginada es realmente inseparable de obras impresas y de la producción de una sostenida alta cultura que expresa la posición de la mayoría como repositorio de

la legitimidad política, sin, empero, silenciar las formas contraculturales que la resisten.

Para estudiar la dinámica de la formación cultural a través del repertorio de usos que se le han dado al *Facundo* es preciso concentrarse en los sitios de lectura, es decir, literalmente, los lugares en los que ha tenido lugar y los factores contextuales que han enmarcado la interpretación. El Capítulo 1 examina la recepción inaugural del *Facundo*, cuando apareció en forma serializada en *El Progreso* en 1845, y el papel que jugó en la intrincada red de escritura, acción y construcción de nación que estaban tejiendo los exilados antirrosistas. Como folletín y como libro, el *Facundo* promovió intensos debates, entre los emigrados y también entre los chilenos, en cuya vida política se había involucrado Sarmiento. El Capítulo 2 ubica las controversias que rodearon al libro dentro de la problemática del género: la hibridez genérica del *Facundo* (el hecho de que pueda leerse como biografía, historia, panfleto político, o, por momentos, hasta como una novela) es traída a colación en el conflicto de interpretaciones en el que está trabada, pues la falta de claros rasgos genéricos afecta los parámetros de uso textual. Así se examinan en especial sus afiliaciones en la escritura histórica, en términos del status de la disciplina en la primera mitad del siglo XIX y de las reveladoras "Notas" enviadas a Sarmiento por Valentín Alsina en 1850. Alsina da un elocuente ejemplo de cómo la lectura del *Facundo* ha generado prácticas discursivas que con frecuencia saltan por encima del libro mismo y se abren espacio para escribir en sentido opuesto. La exposición en el Capítulo 3 tiene un punto de partida similar: también examina un intento de reclamar autoridad discursiva y política desplazando la del *Facundo*. En este caso, el lector es el incisivo Juan Bautista Alberdi, el más brillante oponente de Sarmiento en la empresa de construcción de la nación. Estudiando la prolongada y dura polémica que sostuvieron los dos grandes hombres, también describo el proceso de la organización social y política argentina en la era post Caseros. Con Rosas fuera de escena, ¿qué clase de lecturas produce el libro? El Capítulo 4 continúa el examen de los sitios de lectura sometiendo al *Facundo* a una migración a diferentes culturas y al distanciamiento producido por la traducción. Al cambiar radicalmente el contexto de recepción, las traducciones al inglés y al francés echan luz sobre las formas de apropiación a través de las cuales los lectores metropolitanos reciben un producto cultural del margen, produciendo deformaciones y malen-

tendidos muy reveladores. El Capítulo 5 se ocupa del proceso de canonización de la década de 1880, rastreando las relaciones entre poder y discurso que llevan a la posición del *Facundo* como emblema de autoridad cultural, aunque no del todo incuestionada. En un momento en que la ideología de la modernización fue adoptada por la burguesía urbana consolidando el sentimiento de la nación, el libro de Sarmiento proveyó una poderosa matriz para la invención de la tradición, aun en los casos en que su esquema conceptual fue cuestionado. De hecho, la tensión entre conflicto y canonicidad nunca es resuelta, un punto que se aclara en el Capítulo 6, que examina los cambios sociales en el fin de siglo y los primeros años del siglo XX, y los cambios culturales concomitantes. A medida que crece la complejidad de la escena nacional, y el sentimiento de comunidad es socavado por la entrada de inmigrantes y otros cambios espectaculares, la cultura compartida tiene un importante efecto religador.<sup>48</sup> De ahí que la cultura dominante tiene la habilidad de retener al *Facundo* aun cuando encuentra medios de eludir la disyunción entre canonicidad y rechazo. Este capítulo final estudia las maniobras que permiten al libro permanecer dentro del repertorio literario nacional aun cuando su interpretación de la realidad argentina es cuestionada y su denotación debilitada. El libro termina con *El profeta de la pampa* (1945) de Ricardo Rojas, escrito para conmemorar el centenario de la publicación del *Facundo*. Pese a su fecha de publicación, empero, el homenaje de Rojas puede ser ubicado dentro del campo de las anteriores celebraciones del centenario de la Revolución de 1810 (aludido en la historia argentina simplemente como "El Centenario") por razones ideológicas y discursivas.

Por supuesto, un estudio de la recepción de este libro podría haberse extendido hasta nuestros días, pero ese lapso queda fuera de mi proyecto. Para el momento en que la nación ha elaborado una serie de contenidos semánticos transmitidos que pueden empaquetarse en una tradición, los términos en los que será leído el libro de Sarmiento ya están definidos. Si la interacción comunicativa, en términos habermasianos, ha sufrido perturbaciones significativas en lo que concierne a la recepción de nuestro texto, puede asegurarse que los esquemas desplegados en el proceso comunicativo ya están en su lugar en las primeras décadas del siglo.

Las luchas políticas de la Argentina del siglo XX han mantenido vivo el debate sobre el *Facundo*, pero este debate ha seguido dentro del paradigma establecido por los primeros lectores. Uno

de los ataques más virulentos vino de la escuela de historiadores revisionistas que generaron nuevas lecturas de los personajes centrales de la historia nacional. Su impulso principal fue vindicar a Juan Manuel de Rosas como el primer héroe nacionalista, a la vez que, al modo genuinamente maniqueo, demolió la reputación de quienes lo habían atacado. No sorprende que Sarmiento y sus obras fueran un blanco privilegiado de sus ataques; sus tendencias nacionalistas buscaron raíces en el pasado católico, hispánico y monárquico, con resonancias conservadoras. Para ellos el *Facundo* fue un caso temprano de una tendencia perniciosa a renunciar a la identidad nacional en favor de intereses extranjeros: simbolizó los peligros del "entreguismo". Aunque los revisionistas tuvieron una relación ambivalente con el peronismo, uno y otros involucraron sus ataques en una retórica nacionalista y populista que denunciaba el apartamiento de lo autóctono. Si su retórica tenía un sentido propio, los argumentos empleados, en cambio, habían estado en ese lugar desde los primeros días de la aparición del libro, y habían sido persuasivamente articulados por Juan Bautista Alberdi en sus *Cartas quillotanas*. De hecho, se siente que la obsesión con este libro ha tendido a fijarse neuróticamente en su poder de engendrar divisiones. Estas a su vez se han vuelto emblemáticas de la vida pública, y han sido apropiadas por su valor simbólico. No es accidental, por ejemplo, que Carlos Menem haya cultivado un parecido con Facundo Quiroga durante la campaña presidencial, cuando se presentaba como un candidato populista que renovaría el partido peronista, o que no sea infrecuente que los intentos de intervenir en la lucha política apunten a la destrucción del "otro" construido como figura de barbarie. El *Facundo* ha jugado un papel central en la batalla por la autoridad en la vida política argentina, y las páginas que siguen representan un intento de rastrear el proceso en que se han llevado a cabo esos combates.

Repitiendo a Ernest Renan, Ernest Gellner nos recuerda que las naciones son hechas por la voluntad humana, en una especie de "plebiscito perpetuo, una elección antes que una fatalidad".<sup>49</sup> En esa empresa voluntarista, la memoria y el olvido son esenciales. Si el último parece haber sido particularmente operativo en recientes enfoques al "Proceso" de 1976-1983, la memoria, por otro lado, activa una perenne conversación, textual y no textual, que sigue regulada por las visiones del *Facundo*. Con ese dato en mente, he evitado deliberadamente el intento de llegar a una conclu-

sión, con la esperanza de haber contribuido a una comprensión de cómo y por qué los términos de la lucha siguen definiendo y redefiniendo a la nación.

## Notas

- <sup>1</sup> Véase Luis A. Murray, *Pro y contra de Sarmiento*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1974.
- <sup>2</sup> En Alfredo Oregaz, *Ensayos sarmientinos*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1972.
- <sup>3</sup> Véase su "Littérature et Signification", en *Tel Quel* 16 (1964), pág. 17. La cita francesa completa dice, en términos más sugerentes: "...écriture c'est offrir aux autres de fermer eux-mêmes votre propre parole, leur tendre sans rien dire cet envers muet de nos mots, sur lequel l'écrivain ne peut jamais finir de témoigner; puisque ses mots ont beau aller, il reste toujours en lui du silence".
- <sup>4</sup> Tomo el concepto de Janusz Slawinski. Véase su "Reading and Reader in the Literary Historical Process", en *New Literary History* 19, 3, 1988, pág. 526.
- <sup>5</sup> Véase su *Philosophical Hermeneutics*, trad. David E. Linge, University of California Press, Berkeley, 1977.
- <sup>6</sup> En su *Analytical Philosophy of History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1968, Capítulo 8.
- <sup>7</sup> Seuil, París, 1963, pág. 132.
- <sup>8</sup> Emile Benveniste, "Civilisation: Contribution à l'histoire du mot", en *Problèmes de Linguistique Générale*, Gallimard, París, 1966, vol. I, pág. 336.
- <sup>9</sup> Hay una importante bibliografía sobre la historia de la palabra. Aparte de los citados en el texto, los principales estudios son: Joachim Moras, *Ursprung und Entwicklung des Begriffs der Zivilisation in Frankreich (1756-1830)*, Hamburger Studien zu Volkstum und Kultur der Romanen 6, Hamburgo, 1930; R. A. Lochoe, *History of the Idea of Civilization in France (1830-1870)*, L. Rohrscheid, Bonn, 1935; Philippe Beneton, *Histoire de mots: culture et civilisation*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1975; André Banuls, "Les mots culture et civilisation en français et en allemand", *Etudes germaniques*, abril-junio 1969, págs. 171-180; Norbert Elias, *The Civilizing Process*, Blackwell, Cambridge, Mass. y Oxford, U.K., 1993.
- <sup>10</sup> Véase su *Pour une histoire à part entière*, École Pratique des Hautes Etudes, París, 1962, pág. 31.
- <sup>11</sup> Febvre lo encuentra en una obra titulada *L'Antiquité dévoilée par ses usages*.
- <sup>12</sup> En su *Le Remède dans le mal. Critique et légitimation de l'artifice à l'âge des Lumières*, Gallimard, París, 1989, pág. 12.
- <sup>13</sup> Starobinski señala diferentes usos en varias de las obras de Mirabeau, como los siguientes: "le cercle naturel de la barbarie à la decadence par la civilisation", "l'exemple de tous les empires qui ont précédé le vôtre et qui ont parcouru le cercle de la civilisation"; "les richesses mobilières

d'une nation dépendent ... non seulement de sa civilisation, mais encore de celle de ses voisins". Véase *Le Remède*, 18.

<sup>14</sup> Benveniste da una cita para ilustrar el sentido en el que es usado el término: "Not only the individual advances from infancy to manhood, but the species itself from rudeness to civilization" (pág. 343). "No sólo los avances individuales de la infancia a la edad adulta, sino de la especie misma de la rudeza a la civilización".

<sup>15</sup> En sus *Oeuvres*, de. Assezat, vol. III, pág. 429. Citado por Febvre, *Pour une histoire*, pág. 504.

<sup>16</sup> Starobinski, *Le remède*, pág. 55.

<sup>17</sup> Es interesante notar que en la esfera de la cultura alemana hay una distinción entre civilización por un lado, y cultura por otro. Para un relato detallado de la evolución de los términos, véase Norbert Elias, *The Civilizing Process*.

<sup>18</sup> Véase su "Algunos usos de civilización y barbarie", en *Casa de las Américas* 102, mayo-junio 1977, págs. 29-52.

<sup>19</sup> Véase su "Theses on the Philosophy of History", en *Illuminations*, Fontana Collins, Londres, 1977, pág. 258.

<sup>20</sup> Véase su muy útil "La antítesis sarmientina 'Civilización-barbarie'", en *Cuadernos Americanos* 13, 1988, págs. 97-118. Weinberg también da una profunda interpretación de la apropiación que hace Echeverría de los conceptos en *Dogma socialista, Mayo y la enseñanza popular en el Plata, y Manual de enseñanza moral*. En Uruguay los rastrea en el *Otro Periódico* de los exilados argentinos en 1831, así como en los "Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino don Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay" de Andrés Lamas, publicado en *El Nacional* entre junio y septiembre de 1845, y en forma de libro en 1849. Una polémica entre Manuel Herrera y Obes y Bernardo Prudencio Berro aparecida en las páginas de *El Conservador* y *El Defensor de la Independencia Americana* en 1847 y 1848 tiene sus raíces en argumentos similares regidos por los distintos enfoques de los términos civilización-barbarie. El artículo de Weinberg revela la amplia circulación de la polaridad en la primera mitad del siglo.

<sup>21</sup> Apareció en los *Anales de la Universidad de Chile* del año 1845 (Imprenta de los Tribunales, Santiago de Chile, 1848). Según Pellicer, las ideas en el *Facundo* representan un cambio respecto de las contenidas en los escritos periodísticos de Sarmiento entre 1841 y 1844. Afirma que el cambio debe explicarse por la influencia ejercida sobre Sarmiento por Vicente Fidel López, con quien se veía frecuentemente mientras escribía el *Facundo*. Ambos hombres fueron directores de *El Progreso*, diario que lanzaron en 1842, estuvieron a cargo del Liceo de Santiago y fueron colegas en la Universidad de Chile. López habría sido quien proveyó la mediación intelectual para el uso que hizo Sarmiento de la fórmula y la filosofía de la historia en la que se basa. Pellicer señala que López estaba familiarizado con el pensamiento francés, en especial a través de sus lecturas de la

*Révue Encyclopédique*. Cousin, Michelet, Quinet y Hugo ejercieron una poderosa influencia sobre su pensamiento.

<sup>22</sup> Starobinski, *Le remède*, pág. 33.

<sup>23</sup> Para una reflexiva exposición de la relación entre la idea de lo salvaje y lo normal, véase Hayden White, "The Forms of Wildness: Archaeology of an Idea", en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, John Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1978, págs. 150-182.

<sup>24</sup> *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge University Press, Nueva York y Cambridge, 1982, pág. 39.

<sup>25</sup> En *El Comercio de Valparaíso*, 14 de enero de 1848, I.

<sup>26</sup> En *El Comercio de Valparaíso*, 25 de enero de 1848, I.

<sup>27</sup> Véase una lúcida crítica de la polaridad civilización-barbarie en términos deconstructivos, en Carlos Alonso, "Civilización y barbarie", *Hispania* 72, mayo de 1989, págs. 255-263.

<sup>28</sup> Roberto Fernández Retamar, *Calibán: Apuntes sobre la cultura en Nuestra América*, Editorial Diógenes, México, 1972, pág. 35.

<sup>29</sup> Véase *Página 12*, Suplemento de cultura, domingo 9 de mayo de 1993, pág. 5.

<sup>30</sup> University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1992. Hay edición en español: *Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura Literaria en la Argentina moderna*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997.

<sup>31</sup> Masiello, *Between Civilization*, pág. 11.

<sup>32</sup> Masiello, *Between Civilization*, págs. 9-10.

<sup>33</sup> *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988, pág. 22.

<sup>34</sup> Ludmer, *El género gauchesco*, pág. 21.

<sup>35</sup> Este incidente aparece en el capítulo 5, "Vida de Juan Facundo Quiroga", en el *Facundo*, Ediciones Ayacucho, Caracas, 1977, págs. 83-84. Es parte de la presentación inicial del personaje de Quiroga.

<sup>36</sup> *Facundo*, pág. 84.

<sup>37</sup> Ludmer, *El género gauchesco*, pág. 26.

<sup>38</sup> Ludmer, *El género gauchesco*, pág. 24.

<sup>39</sup> *The Invention of Argentina*, University of California Press, Berkeley, 1991, X.

<sup>40</sup> Esto es, por supuesto, una muy laxa y apenas tentativa apropiación de la presentación de Derrida del *pharmakon* en el contexto, no de la crítica como remedio y veneno a la vez, sino de la escritura sarmientina definiendo el afuera/adentro del discurso cultural que a la vez permitió circular e intentó clausurar en tanto legitimaba la "civilización" y pretendía aplastar la barbarie. Véase "Plato's Pharmacy", en *Dissemination*, trad. Barbara Johnson, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1981.

<sup>41</sup> Editorial Sudamericana, Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, 1985, pág. 11.

<sup>42</sup> Además de *Radiografía de la pampa* (Losada, Buenos Aires, 1968), que con tanta insistencia vuelve a las ideas de Sarmiento en el *Facundo* y reimagina la dicotomía civilización/barbarie en diversas encarnaciones, Martínez Estrada escribió otros tres libros centrados en Sarmiento: *Sarmiento* (Argos, Buenos Aires, 1956), *Meditaciones sarmientinas* (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968) y *Los invariantes históricos en el Facundo* (Casa Pardo, Buenos Aires, 1974). Véase una lúcida exposición del tema en Malva Flier, "Sarmiento en el pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada", *Discurso literario* II, 2, págs. 431-437.

<sup>43</sup> Como prueba elocuente de la ambivalencia a la que me refiero, ambos pasajes aparecen en la misma página en la traducción de Alain Swethlocki de *Radiografía de la pampa: X-ray of the Pampa*, University of Texas Press, Austin y Londres, 1971, pág. 398.

<sup>44</sup> Véase Martínez Estrada, *Los invariantes*, págs. 45-47.

<sup>45</sup> Martínez Estrada, *Los invariantes*, pág. 23.

<sup>46</sup> Martínez Estrada, *Sarmiento*, pág. 128.

<sup>47</sup> Prólogo a *Facundo*, El Ateneo, Buenos Aires, 1974, pág. vii. En esta breve revisión de la situación argentina articulada por autores del siglo XX he omitido deliberadamente a V. S. Naipaul. *The Return of Eva Perón*, Vintage Books, Nueva York, 1974, aun cuando confronta la oposición civilización-barbarie. Mi decisión se basó en la naturaleza esencialmente derivativa del libro y el hecho de que Naipaul está en todo sentido fuera de la cultura, participando en una de las trampas más seductoras de la literatura de viajes: la de ser guiado por una mirada diagnóstica distanciada y crítica, que se detiene fúguzamente en las cosas mientras está en la escena pero se muestra muy feliz de alejarse de ella.

<sup>48</sup> Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1938, desarrolla este punto de manera clara y persuasiva.

<sup>49</sup> Véase *Culture, Identity, and Politics*, Cambridge University Press, Londres y Nueva York, 1987, págs. 8, 17.

## 1. Las guerras de persuasión Conflicto, interpretación y poder en los primeros años de recepción del *Facundo*

En *Mi defensa*, Sarmiento afirma: "En mí no ha tenido otro origen mi afición a instruirme que el haber aprendido a leer muy bien".<sup>1</sup> Uno de los trucos que le juegan sus textos huérfanos es que cuestionan la posibilidad misma de leer bien. Nada lo demuestra mejor que el *Facundo*: aunque incuestionablemente miembro honorífico del canon latinoamericano, el *Facundo* ha sido leído de modos tan divergentes que desmiente la posibilidad de una validez interpretativa. El aplazamiento del sentido (condición inevitable de nuestro trato con el lenguaje) se extiende cuando la lectura se enmaraña en conflictos de interpretación con carga política.

Los sentidos de un texto no quedan fijados de una vez por todas; están determinados en parte por la situación de sus primeros intérpretes, y las restricciones contextuales dan forma al proceso de percepción. El *Facundo* ha dado vida a un circuito literario nacional; es un texto fundacional en tanto marca el comienzo de una serie de fenómenos culturales centrados en el libro como artefacto de primordial importancia. Este capítulo enfocará un momento particular en la vida muy accidentada del primer gran libro de Sarmiento: el momento de su publicación inicial, visto como un rico acontecimiento cultural. En tanto el estudio de la canonización del *Facundo* está íntimamente ligado al proceso de elaboración de los mitos culturales argentinos, este capítulo rastrea el impacto de la entrada en escena del texto mismo, los avatares de su publicación, su paso de panfleto a libro, el diálogo muy inmediato que estableció con sus lectores, el modo en que un texto busca un público al salir a escena, y, en el proceso, lucha por conseguir influencia y hegemonía. Tendemos a ver un libro

canonizado a través de la mirada retrospectiva de versiones posteriores, o quizás a través del vasto repositorio de las Obras Completas, y esta percepción puede implicar una pérdida del sentido de las versiones anteriores como actos de habla diferentes pero igualmente vitales en el mundo. En tanto las Obras Completas, o inclusive las ediciones anotadas, tienden a reificar la escritura como una serie de productos finales completos, borran la visión de su modo de producción y recepción, y de su interacción con contextos que fueron particularmente poderosos en el momento de su publicación. Examinando la ocasión y público original del *Facundo*, viendo el impacto que tuvo sobre sus contemporáneos y durante sus primeros años de vida, su emergencia puede cuestionarse un fenómeno inscripto en la tensión entre legitimación y cuestionamiento. El *Facundo* puede ser visto, en términos de Foucault, como "discurso en su repentina irrupción, en esa puntualidad en la que aparece, y en esa dispersión temporal que le permite ser repetido, conocido, olvidado, transformado, completamente borrado y oculto, lejos de toda visión, en el polvo de los libros". En lugar de tratarlo como "la presencia distante del origen", puede ser visto como y cuando ocurre.<sup>3</sup> Liberándolo de la inercia del libro y restaurando algo de su perdida vitalidad, este capítulo examinará la circulación de significados producida como resultado de su comienzo. Así podemos observar las condiciones materiales y discursivas de la existencia del *Facundo* tal como apareció en forma seriada en *El Progreso*, el interjuego de relaciones que sacó a luz al ser leído e interpretado, y algunas de las consecuencias de su transformación de panfleto en libro.

Por supuesto, cualquier intento de recapturar la situación inicial de la recepción de un texto está en sí misma capturado por el movimiento de la historia. Gadamer ha escrito con elocuencia sobre los problemas de la fusión de horizontes, y es tan interesante traer al primer plano lo que puede reconstruirse como lo es notar los huecos que el pasado nos hace imposible llenar. Al intentar recuperar los múltiples factores que se pusieron en acción en la producción y recepción del *Facundo* alrededor de la década de su publicación, vemos claramente el grado en que el pasado está fuera de nuestro alcance. En parte, por supuesto, esta situación se debe a la dinámica de mi subjetividad presente históricamente situada, tan bien definida en la penetrante frase de Walter Benjamin: "La historia es sujeto de una estructura cuyo sitio no es el tiempo vacío y homogéneo sino el tiempo llenado por la presencia del ahora".

Mi "ahora" evidentemente condiciona mi comprensión del pasado así como la dirección en la que buscaré información significativa. Una vez más, recordamos a Benjamin: "...cada imagen del pasado que no es reconocida por el presente como una de sus propias preocupaciones corre el peligro de desaparecer irrecuperablemente".<sup>3</sup>

La imagen del pasado que trataré de traer a la existencia tiene, por supuesto, un status puramente textual: emerge de periódicos y cartas, dos formas discursivas que sustentaron la comunicación entre intelectuales en esta época. Estos materiales textuales constituyen una tela ceñidamente tejida de escritura, inscripción y acción. Su relación tiene una poderosa doble inserción que tiene que ver con la comunidad de exilados argentinos viviendo en Chile durante la época de Rosas: mientras estaban constantemente en contacto entre ellos, inscribiendo su acción en cartas y artículos periodísticos asombrosamente numerosos, también eran agudamente concientes de la medida en que los escritos se transmutaban en acción. Recorrer las cartas y piezas periodísticas escritas por Sarmiento y sus conocidos en esta época es tomar conciencia del grado en que el *Facundo* es manipulado como herramienta de poder. Con ninguna otra de sus obras Sarmiento se preocupó tanto por llegar a aquellos lectores que podían responder favorablemente a él como su autor. Estaba convencido de que en la medida en que se expandiera su público lector se ampliaría su prestigio, y que esto lo acercaría a los cargos públicos. Hay muchas pruebas elocuentes de esto en su correspondencia. En una carta escrita el 8 de abril de 1851, a Modestino Pizarro desde su quinta en Yungay, Sarmiento habla de los acuerdos a hacer no bien Rosas sea derrocado:

En ese congreso, si tiene lugar, habría un asiento vacío si no estoy yo. Hecharánme (sic) de menos los pueblos, será incompleta y vacilante su marcha. Mi presencia daría a todos confianza, y sólo a Rosas miedo; porque a mí se ligan ideas ya formuladas y de todos conocidas. Hay más, y esto es lo peor, ese congreso será subyugado por Urquiza y creo que sólo mi presencia puede conservarle la majestad de la representación nacional.<sup>4</sup>

La legitimación de Sarmiento como miembro potencial del Congreso deriva de sus escritos, del hecho de que sus lectores ya conocen su pensamiento. La conexión pragmática entre libro y acción es tal que en ocasión de la segunda edición del *Facundo*, la elección de palabras que hace Sarmiento para describirlo es reveladora: "*Civilización y barbarie* quedará empastada en la



entrante semana, rica edición corregida, aumentada, afiladas las uñas...<sup>5</sup> La metáfora es sugestiva de las cualidades beligerantes que le atribuye a su libro, y de su convicción de que tendría amplias repercusiones en el mundo real. Cuando les escribió a Paz y Benavidez con la esperanza de ganarse su apoyo, se ocupó de que recibieran ejemplares del *Facundo*, como si la relación entre autor y libro fuera metonímica. En la carta a Paz, escrita en Montevideo el 22 de diciembre de 1845, el *Facundo* es visto bajo la misma luz combativa: "Con el propósito de agitar todas las preocupaciones del interior escribí el *Facundo*, del que hice pasar a cordillera cerrada un cajón".<sup>6</sup> Sarmiento no era el único en atribuirle esa eficacia a sus escritos. Una carta elocuente escrita por Juan Andrés Ferrera desde La Paz, Bolivia, alentándolo a seguir en su empresa de descédito contra Rosas, le asegura su éxito en los siguientes términos: "*Aldao y Facundo* serán bien pronto dos poderes invisibles que arrastrarán hacia el cadalso al infame Rosas".<sup>7</sup> Otro temprano lector, Wenceslao Paunero, ilustra en qué medida las primeras recepciones del *Facundo* privilegiaron su dimensión pragmática: "Ninguno de los escritores argentinos ha comprendido y explicado los diversos elementos de nuestra sociedad como Ud. Felicítase pues amigo de que su trabajo es hermoso y fecundo en resultados".<sup>8</sup> Esta relación entre escritura, acción y poder fue una de las obsesiones de Sarmiento. Su enemigo Alberdi sabía exactamente como irritarlo en este sentido, y encontró modos sutiles de disminuir sus logros como "escritor de la prensa periódica". Urquiza también refutó los insistentes reclamos de Sarmiento de haber librado una batalla efectiva contra Rosas con la pluma, y lo hizo en términos muy directos a través de su secretario, Angel Elías, poco antes de la batalla de Caseros, el 2 de enero de 1852:

El señor general ha leído la carta que ayer le ha escrito usted, y me encarga le diga respecto de los prodigios que dice usted que hace la imprenta asustando al enemigo, "que hace muchos años que las prensas chilian en Chile y en otras partes, y que hasta ahora don Juan Manuel de Rosas no se ha asustado; que antes al contrario cada día estaba más fuerte".<sup>9</sup>

La ofendida respuesta de Sarmiento está fechada ese mismo día, y a lo que responde es a la acusación de falta de eficacia de la palabra escrita:

Es muy natural creer que yo me exagere a mis propios ojos la influencia de la prensa, es decir, de la palabra. ... Pero la prensa de Chile he sido yo durante muchos años, y en estos últimos no se ha ocupado de otra cosa que de predisponer la opinión pública en favor del señor general y de la digna empresa que iba a acometer. ... Las armas que combaten a Rosas son invencibles; pero también es cierto que la opinión lo ha abandonado, y alguna parte, por pequeña que sea, debe concedérsele a los que han tenido el coraje de combatir su poder diez años.<sup>10</sup>

Esta alianza entre discurso y poder, no limitada específicamente al derrocamiento de Rosas sino tomada en términos más generales, ha tenido peso en la relación entre la recepción del *Facundo* y la conformación de una tradición cultural argentina, pues, como lo habría dicho Habermas, los contenidos de una tradición cultural son los significados comunicables hacia los que está orientada la acción social. La pregunta que incontables lectores de este libro se han hecho durante al menos ciento cincuenta años apunta a los modos en que las prácticas discursivas regulan las relaciones sociales y políticas. Pues de hecho, como tan elocuentemente ha afirmado Foucault, el poder circula, funciona en la forma de una cadena, y la producción y circulación de discurso incorporado en las cartas y artículos periodísticos relacionados con el *Facundo* están definidos por la coreografía del poder que se estaba llevando a cabo antes y después de la batalla de Caseros.

## Comunidad y exilio

La producción de poder, prestigio y comunidad están interconectadas en el momento en que este libro hizo su aparición. La red de estas prácticas discursivas ayudó a moldear el concepto de nacionalidad que el conjunto de personajes de la era pre y post Caseros estaba definiendo. La relación entre exilio y comunidad es fuerte: los "proscritos" (para darles el nombre que usó Ricardo Rojas) se volvieron lo que en los sugestivos términos de Benedict Anderson puede llamarse una "comunidad imaginada", que necesitaba combatir su propio sentimiento de dispersión volviéndose hacia la fuerza religadora de la escritura.<sup>11</sup> Si, como afirma Victor Turner, el viaje es un proceso social, podemos ver el viaje al exilio, una peregrinación lejos de la patria, como una experiencia creadora de sentido.<sup>12</sup> Sólo el poder de la escritura podría garantizar un

sentido de comunidad y de nacionalidad para los hombres que estaban planeando el derrocamiento de Rosas en Chile, Montevideo, Perú y Bolivia. Anderson atribuye gran importancia al periódico en la formación del artefacto cultural que es el *Mercurio* o *El Progreso*, en los que Sarmiento jugó un papel importante, nos da un sentido del modo cohesivo en que crearon su comunidad lectora. Por supuesto, esta comunidad lectora no estaba limitada a exilados argentinos, pues incluía el público lector chileno, pero los intelectuales dominantes argentinos como Sarmiento, Vicente Fidel López, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Carlos Tejedor y Félix Frías establecieron una notable red de comunicación entre ellos y con sus contrapartidas en Montevideo (Esteban Echeverría, Florencio Varela, Bartolomé Mitre, Valentín Alsina) escribiendo y leyendo cartas en periódicos de un modo verdaderamente febril. La aparición del *Facundo* en *El Progreso* debe ser vista dentro de este campo: es parte de una rica conversación, a veces disonante, entre todos ellos, y como tal fue recibida. Los párrafos que siguen se proponen determinar las condiciones de existencia de estas formaciones discursivas: las situaciones que provocó el *Facundo* junto con las consecuencias a las que dio paso. Este capítulo también ubicará este acontecimiento discursivo en algunas historias, siempre recordando la advertencia de Arthur Danto sobre la reconstrucción histórica: "describir completamente un hecho es ubicarlo en todas las historias que corresponden, y no podemos hacerlo".<sup>13</sup> Estas "historias" tendrán que ver con los factores contextuales que pudieron haber condicionado la recepción del texto, las formas de apropiación que se desplegaron, cuestiones de distribución, circulación, lecturas, así como el intrincado contrapunto entre consenso y disenso, legitimación y cuestionamiento, que la aparición del *Facundo* puso en juego.

La primera "historia" tiene que ver con el autor y su público lector. En palabras de Foucault, "El nombre del autor indica el status de discurso dentro de una sociedad y una cultura".<sup>14</sup> ¿Qué significaba el nombre "Sarmiento" para el público de la década de 1840? ¿Cómo fue la lectura que hicieron del folletín, a medida que fue apareciendo en *El Progreso* entre el 2 de mayo y el 21 de junio de 1845, enmarcado en los discursos políticos y culturales que circulaban en la época? Aun cuando fue publicado en forma de libro ya en el mes de julio de 1845, parece obvio que el *Facundo* fue un elemento vital del campo periodístico en el que Sarmiento jugó

un papel tan prominente y que Benedict Anderson considera crucial en el desarrollo de un sentimiento de comunidad.<sup>15</sup> Cuando Sarmiento le escribió a Urquiza "La prensa de Chile he sido yo", apenas si exageraba. Cuando llegó a Chile, el único diario que existía era *El Mercurio* de Valparaíso, fundado en 1827. Poco después de la publicación de un artículo suyo conmemorando la batalla de Chacabuco, a Sarmiento le ofrecieron un puesto de redactor en el diario. Su centralidad fue sustentada pronto por una intrincada trama de controversia y luchas por el poder, en las que participaron tanto argentinos como chilenos, así como por los discursos fundadores de la cultura y la política. En el medio chileno, su escritura fue arrastrada a la lucha entre los partidos Conservador y Liberal ("pelucones" y "pipiolos", respectivamente) que se llevó a cabo en la fundación de periódicos, en el reclutamiento de redactores prestigiosos, y en la batalla cotidiana de artículos. La decisión de Sarmiento de apoyar al partido Conservador fue tomada después de un cuidadoso examen del papel de los exilados argentinos en la política chilena (como lo explicó más adelante en *Recuerdos de Provincia*) y después de considerables esfuerzos de parte de Las Heras y Montt para reclutar sus servicios para periódicos que estaban siendo fundados con el fin de promover sus respectivas causas. Poco después de dejar *El Mercurio* en 1842, Sarmiento estableció el primer diario de Santiago, *El Progreso*, bajo los auspicios de Manuel Montt. Claramente, este fue el momento fundacional del discurso periodístico en Chile. Lastarria y sus asociados "pipiolos" fundaron *El Miliciano*, y más tarde *El Siglo*. Es significativo que cuando *El Progreso* empezó la publicación serializada del *Facundo*, Sarmiento estuviera participando en acalorados debates no sólo, como es bien sabido, con el emisario de Rosas, Baldomero García, sino también con los periódicos "pipiolos", especialmente con *El Siglo*. Estos debates, en parte enfocados en las elecciones presidenciales chilenas de 1846, dieron marco a las primeras lecturas del texto envolviéndolo en controversias. Sarmiento describe uno de los picos de la disputa en una colorida carta a su amigo Pepe Posse, el 29 de enero de 1845:

Los de *El Siglo* se abandonaron a todo el furor que es costumbre entre todos estos canallas, cuando les aprieto los callos. Dijéronme "caballo cuyano", cobarde y qué sé yo. Instigado por López, me dirigí a la imprenta de *El Siglo*, requirí al ofensor, no me daban una explicación, escúpale la cara, y él entre sí se le pasaba el susto, si hacía algo por lavarse la afrenta, trató de agarrarme, alcanzó a los cabellos, me desasí de él y lo eché en

hora mala. Yo me aguardaba algo serio, algo de caballeros; media hora después empero estaba lleno Santiago, ¡ballaban de gusto! de qué sé yo qué cuentos, inventados a placer, me habían molido a patada llena, de que me los ojos, quince días después la república entera estaba llena, de que me habían destripado, etc., brindaban en Aconcagua, predicaban los curas, etc.<sup>16</sup>

La prensa no se limitaba a informar; era el escenario donde se llevaba a cabo la lucha por el poder. Una carta dirigida a Sarmiento por Santiago Cueto en 1845 transmite el sentimiento de eficacia pragmática inmediata adjudicada a la prensa:

Usted es nuestro salvador y no dudo que empleará todo su talento para dar por tierra contra los Lastarrias, infames calumniadores. ... El artículo de mañana, así como todos los que sigan en toda esta semana han de ser tales que apure usted todo su talento; que muevan al pueblo de Santiago; que lo hagan tomar horror a ese partido infernal: que nos den el triunfo, por el miedo que tengan esos imbéciles.<sup>17</sup>

Los lectores de *El Progreso*, *El Siglo* y el *Diario de Santiago*, que reemplazó a *El Siglo* desde el 5 de julio de 1845, formaban una comunidad interpretativa cuya competencia era enmarcada por un acalorado debate. Aquí hay un ejemplo de la recepción temprana del *Facundo* por Pedro Godoy, un "pipitolo" que escribía en *El Siglo* y en el *Diario de Santiago*:

El autor del *Facundo* se forjó un plan, quiso llamarlo biografía de un hombre célebre en los anales de la revolución argentina, pretendió describir una de las épocas más sangrientas de esa revolución, intentó llamar la atención del público sobre su obra, y sin los conocimientos que necesarios, sin ideas fijas sobre política ni sobre los acontecimientos que en parte, quizá haya presenciado, ... Y no contando, en suma, más que con su atrevimiento natural, sacó a luz el tejido de absurdos que ahora examinamos.<sup>18</sup>

A veces el tono de las reseñas era claramente insultante, y a tanto llegó el combate que se nombró un jurado de prensa a pedido de Sarmiento, pero Godoy fue absuelto.

En el campo cultural el nombre de Sarmiento se asociaba con controversias que tenían que ver con la construcción de un discurso cultural genuinamente americano, y que implicaban una ruptura con la tradición establecida. Como es bien sabido, Sarmiento estuvo profundamente comprometido en la polémica de 1842 con Bello y

los sostenedores del clasicismo, y la querrela tuvo lugar en los periódicos (en este caso particular en *El Semanario*, la primera publicación semanal con pretensiones literarias que apareció en Chile, y en *El Mercurio*), que se volvían textos de base para que la comunidad de lectores participaran y consumieran. Como en la controversia con *El Siglo*, es interesante observar qué agresiva es la escritura. Aquí hay una breve muestra, de la pluma de Sarmiento:

Los redactores de *El Semanario* quieren habérselas con nosotros, y se las habrán, porque el que ataca al can ataca al sabadan, y el público no se mete en esas niñerías; gusta que se rompan los cuernos los escritores, y sacar el solo la utilidad oyendo el pro y el contra de las cuestiones que se ventilan. Conque déjense de público los señores de *El Semanario*, que nosotros también tenemos nuestro publiciquito diminuto, pero joven, ilustrado y amigo de su tiempo y de las cosas que no huelen a tocino rancio como el clasicismo.<sup>19</sup>

La postura de Sarmiento en el discurso de la formación cultural y en la fundación de instituciones en esta época queda revelada con elocuencia por el hecho de que el 17 de octubre de 1843 presentó el primer trabajo escrito que se produjo en la recién fundada Universidad de Chile. Su *Memoria sobre Ortografía americana* provocó acalorados debates, y es interesante examinar los diarios de la época y observar el grado de inestabilidad ortográfica que desencadenaba la *Memoria*: mientras algunos ignoraron las sugerencias de Sarmiento, varios las adoptaron y eliminaron la *h*, la *v* y la *z*, junto con la *u* muda en combinaciones como *gue*, *gui*, *que* y *qui*. Por supuesto, es importante que las sugerencias de Sarmiento coincidieran con la fundación de las instituciones de la nación y la producción de un discurso nacional, ya que evidentemente el nuevo modelo ortográfico estaba pensado en última instancia para inscribir en el campo de la escritura una diferencia entre España y las naciones emergentes.

Otro factor de importancia en el contexto de la producción y recepción del *Facundo* fue, como anticipé, la visita a Chile del emisario de Rosas, Baldomero García, en abril de 1845, un mes antes de la primera entrega del folletín. Este hecho generó un rico despliegue de artículos periodísticos que iban desde la discusión centrada en el propósito del viaje hasta el animado elogio de los atributos heroicos de un exilado argentino por lo demás oscuro, un cierto Bedoya, que tuvo que hacer frente a un proceso como

resultado de haber roto una etiqueta que decía "¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!", portada por uno de los criados de García. La presencia de García galvanizó algunos de los conflictos latentes tanto en las luchas políticas internas chilenas como en la actividad de los exilados argentinos. Como resultado, las tensiones subieron hasta un punto en que, de acuerdo con un artículo escrito por Sarmiento el 1 de mayo en *El Progreso*, anunciando la inminente publicación de la "Vida de Quiroga", se hizo imperativo sacar a luz un texto pensado para detener "un mal que puede ser trascendental para nosotros". *El Facundo* se alza en medio de esta maraña no sólo porque Sarmiento, como se ha dicho, quería desacreditar a García, y ciertamente, a Rosas, sino porque necesitaba confrontar a sus enemigos en *El Siglo*. Para socavar la autoridad del periódico "pelucón" (*El Progreso*) habían aducido que Sarmiento estaba siendo silenciado en sus ataques a García nada menos que por Montt (su patrón y, de hecho, el nombre al que apuntaban los ataques de los "pipiolos"), para evitar problemas entre los gobiernos de Chile y la Argentina. La enérgica respuesta de Sarmiento, titulada "¿Por qué nos ataca *El Siglo*?", apareció en *El Progreso* el mismo día que anunciaba la publicación serializada del *Facundo*; el motivo central de su argumento era que el problema en juego era la libertad de palabra: "Pero entonces destrúyase la libertad de imprenta, como lo pide *El Siglo*, impártase órdenes del ministerio, como lo aconseja y aprueba *El Siglo*, que sólo esta vez halla digna e ilustrada la conducta del ministro Montt".<sup>20</sup> Así, las cuestiones de comprensión e incompreensión comunicativa estaban enmarcadas en las prácticas oposicionales y restricciones situacionales. En el "Anuncio" del 1 de mayo, Sarmiento lo resume en los siguientes términos: "Intereses mezquinos y de circunstancias, rencillas de periodistas, y propósitos de partido, tienden a sublevar pasiones y celos que con el designio manifiesto de comprometer a un individuo ante la opinión pública no van a nada menos que a levantar en Chile ecos del bárbaro sistema de Rosas."<sup>21</sup> Era necesario ocupar un sitio diferente en el combate con una obra de más vasto alcance, una obra que impusiera autoridad colocando el debate en un marco más amplio y haciendo actuar sobre él el aparato conceptual de los pensadores que, como lo dice en la *Ortografía americana*, "dirigen el pensamiento de hoy".<sup>22</sup>

## El texto como arma: producción y distribución

El modo en que ahora leemos el *Facundo* tiende a reificar la escritura en la forma del libro completo. Ahí hay una unidad que debemos cuestionar como artificial: siempre es saludable sus-pender, como dice Foucault, "la individualización material del libro, que ocupa un espacio determinado, que tiene un valor económico, y que en sí mismo indica, por una cantidad de signos, los límites de su comienzo y su fin". Las fronteras del *Facundo* han sufrido numerosas reconfiguraciones, siempre revelando su ubicación dentro de un campo completo de discurso, como lo dice una vez más Foucault, "capturado en un sistema de referencias, ... como un nudo en una red".<sup>23</sup> Como publicación serializada, el texto fue leído de modo fragmentario, y también estuvo enmarcado por los otros artículos que ocupaban el espacio de los diarios, tanto dentro de *El Progreso* como en los otros diarios con los que establecía un diálogo. Es importante retener un sentido del modo material de existencia de este texto, su status como publicación y las formas de recepción que suscitó. Un artículo que Sarmiento escribió para *El Progreso* el 30 de agosto de 1845, sugestivamente titulado "Nuestro pecado de los folletines", contiene a la vez la condena del folletín servil al público lector (derivado, por supuesto, de las "cosas pecaminosas" que contenía) y su éxito comunicativo, presentado en broma, pero orgullosamente, como una enfermedad ("la lepra del folletín ha ganado ya todos los diarios"), que *El Mercurio* introdujo durante los primeros años de la administración de Sarmiento. Si bien esta sección favorecía el consumo de literatura romántica y truculenta (Sue y Dumas pueden ser ejemplos clásicos, pero Balzac no estaba excluido), no dejaba de lado textos de no ficción de interés general. *El Mercurio*, por ejemplo, estaba publicando los "Extractos del viaje al viejo mundo por el peruano D. Juan Bustamante" en agosto de 1845, apenas un mes antes de que *El Progreso* iniciara la publicación del *Facundo*. Se trataba de un espacio diferenciado de la cobertura de las noticias, pero que compartía sus bordes y sus lectores, y que permitía que determinados conceptos ganaran difusión y poder. Como observó Sarmiento en *Viajes*, "Un buen folletín puede decidir de los destinos del mundo dando una nueva dirección a los espíritus".<sup>24</sup> Evidentemente, fue el medio deseable para conformar la opinión en un momento de crisis, y Sarmiento se ocupó de que sus lectores encontraran en las páginas de *El Progreso* artículos periodísticos que orientarían

la interpretación de modo confluente. Así, en mayo y junio de 1845, los lectores del folletín "Vida de Quiroga" disponían de artículos que reforzaban la tesis central del texto, tales como "Interés de Chile en la Cuestión del Plata" (8 de mayo de 1945), "El sistema de Rosas" (28 de mayo de 1945), "La causa de Bedoya" (2, 3 y 6 de junio de 1845), o "Lo que a Rosas debe la América del Sur" (13 de junio de 1845). Pero el folletín serializado, con su recepción fragmentaria, es especialmente dado a la dialéctica tanto de la legitimación como del cuestionamiento: un lector que entonces se volviera a *El Siglo*, o más tarde al *Diario de Santiago*, encontraría todas las posibilidades de leer el *Facundo* "en contra". He aquí un breve ejemplo tomado de *El Siglo*, del 20 de mayo: "El *Facundo* es una obra la más fecunda en desatinos, en plagios y en mentiras". Otra, de la *Gaceta de Comercio* de Valparaíso: "Santo Dios, despierten al señor Sarmiento, sacudadlo (*sic*) para que se mire en su estatura y conozca que sólo llama la atención por la magnitud de su insolencia". *El Siglo*, el 14 de junio: "Lo único que logrará Sarmiento será que los Santiaguinos levantemos la voz para decir a los provincianos que cuando lean Montt y Sarmiento agan (*sic*) de cuenta que leen Bolívar y el Sargento Pino... Montt y una Chancleta vieja."<sup>25</sup> Las cosas empeoraron por el nombramiento de Montt en el Ministerio del Interior; el 11 de junio *El Siglo* anunciaba "guerra a muerte al redactor del *Progreso*". En agosto el *Diario de Santiago* publicó una parodia del *Facundo* con algunas distorsiones agresivas: el tema de la biografía ahora era el propio Sarmiento, rebautizado "Pantaleón del Carrascal", aludiendo a un barrio pobre de la ciudad de San Juan, y se incorporaban hechos de la vida de Sarmiento de modo irrisorio. No se trataba de bromas inofensivas: Pantaleón-Sarmiento llegaba inclusive a asesinar a dos soldados federales. Evidentemente, lo que Hans Robert Jauss llama el "horizonte de expectativas" de los lectores estaba profundamente marcado por el conflicto, y el texto era insertado en un interjuego de relaciones existentes dentro de sus límites textuales pero también fuera de ellos. No es sorprendente que en septiembre de 1845, cuando Sarmiento dejó *El Progreso* en medio de la controversia, Félix Frias hiciera la siguiente observación confidencial al final de una carta a Juan María Gutiérrez: "Sarmiento deja *El Progreso*. Se irá probablemente a Europa si pronto no podemos todos regresar a nuestro país. Está ya honrosamente inutilizado para la prensa."<sup>26</sup>

Cuando en julio de 1845 el texto cambió su status de folletín a libro, los combates no cesaron, pero hubo un desplazamiento en el esquema de uso del texto. Percibimos ahora la dinámica de la circulación y la distribución, la busca de un público más amplio, y el deseo de ejercer influencia más allá de la esfera de los debates políticos que se llevaban a cabo en los periódicos chilenos. El pequeño libro fue recibido como una unidad, separado de su previo marco periodístico fragmentado. El texto mismo sufrió la primera de varias modificaciones, pues hay buenas razones para creer que el folletín había terminado después de "¡Barranca Yacoi!", con el asesinato de Quiroga. Como libro, entraba en un sistema de distribución diferente del que había tenido en el medio periodístico, y las numerosas cartas escritas por y dirigidas a Sarmiento acerca de esto atestiguan las dificultades de promover la circulación del libro en este momento. El problema de Sarmiento estaba obviamente agravado por el exilio, y por la hostilidad del gobierno en el territorio que deseaba penetrar. Fuera cual fuera el efecto de las dificultades a enfrentar, es notable observar cuánto quería Sarmiento ser leído, que su libro llegara a un público que fuera más allá inclusive de los límites continentales. De las cartas que escribió a Gutiérrez, haciendo este tipo de pedido con mucha insistencia, hay una que puede dar la medida de su ansia de público lector: "Pero volvamos a su misión de derramar la Odisea por toda la redondez del orbe. ¿A que no a escrito una palabra a sus amigos de Francia, el National, la Democracia Pacífica, Revista de Paris i de Ambos Mundos, etc. etc.? Vamos, ágallo."<sup>27</sup> Unos cincuenta ejemplares fueron introducidos furtivamente en Buenos Aires, otros fueron dados como regalo a los patriotas en Chile, o enviados a figuras importantes como Paz, Varela, Echeverría o Rivera Indarte. Pese a tales esfuerzos, era evidentemente muy difícil hacer llegar el libro a sus lectores. Juan María Gutiérrez, comisionado con lo que parece una parte principal de la carga de la distribución del libro, y que en un punto le aseguró a Sarmiento que haría lo que fuera necesario "para que el señor don Facundo se pase por esas capitales", tiene dificultades para obtener los libros en Valparaíso: "Quiero advertirle que de los ejemplares del *Facundo*, ni encuadernados ni a la rústica, hay uno solo en mi poder."<sup>28</sup> Su amigo Aberastain, quien había ayudado a Sarmiento a recoger información sobre Facundo Quiroga en marzo, le escribe el 5 de agosto de 1845 desde Copiapó: "Recibí su carta y no los cuarenta ejemplares del *Facundo*; pienso que éstos hayan llegado y estén

demorados en el puerto a donde he encargado ya a Ríos establecido allí que me los mande en la primera oportunidad."<sup>29</sup> Wenceslao Paunero, escribiendo desde La Paz, ha estado esperando mucho tiempo su ejemplar: "Nada sé de su *Facundo* hasta ésta. ¡Por qué demonio de vía lo ha dirigido usted!"<sup>30</sup> Las vicisitudes de transporte hacen azarosa la distribución: un embarque de libros a Francia, por ejemplo, no pasó del Cabo de Hornos, y Sarmiento tuvo que entregar su propio y último ejemplar a la *Revue des Deux Mondes* cuando lo presentó para reseñar. No sorprende, entonces, que escribiéndole a Gutiérrez camino a Europa, en enero de 1846, exprese su desaliento: "¡Qué libro tan desgraciado fue éste; todo, hasta la impresión, salió como si Rosas ubiese sido el que ponía la mano en él."<sup>31</sup>

El *Facundo* puso en movimiento un proceso de circulación y distribución; también engendró el discurso de la crítica literaria. Entre los intelectuales hegemónicos en Chile y Montevideo se estableció un rico diálogo sobre él. Cuando se trata de reconstruirlo, vuelve a sorprender la naturaleza situacional de la lectura y la interpretación, y los problemas de reconstruir históricamente las restricciones contextuales que aparecen en una lectura particular. Entre los primeros lectores del *Facundo*, Juan María Gutiérrez parece tocar ambos puntos de un modo intrigante. Dotado de un claro sentido de la necesidad de promover la aparición de una "Poética americana" (para citar el título de una antología que estaba compilando), Gutiérrez fue el hombre que eligió Sarmiento para obtener una reseña favorable. Las circunstancias pragmáticas y textuales que rodean esta reseña agudizan nuestra conciencia del terreno inferencial y especulativo sobre el que tiene lugar la comprensión histórica, de la medida en que se llenan huecos tentativamente, con una variable medida de éxito. El resultado es una mezcla sugestiva de hechos adecuada e inadecuadamente explicados, y una conciliación inevitable con el desplazamiento entre texto y lectura. Sarmiento le envió el primer ejemplar, el 24 de julio, con la siguiente carta: "Remito a usted el primer ejemplar del *Facundo* que ve la luz pública. Ha salido como una cosa infamemente tratada. ¿Quiere usted encargarse de analizarlo, por *El Mercurio*, y decir que es un librote estúpido, magnífico, celebrísimo?"<sup>32</sup> El 27 de julio *El Mercurio* publicó una reseña anónima llena de elogios y admiración, y que le daba crédito al libro por haber comprendido las causas subyacentes a la turbulencia política en la Argentina; por haber sido escrito con la

elegancia conceptual de un filósofo y con la belleza de un artista. Palcos atribuye esta reseña a Demetrio Rodríguez Peña, basándose en que era el director del diario, y la considera "la más franca y abiertamente favorable"<sup>33</sup> Verdevoye, por su parte, examina la atribución de Palcos a la luz de las cartas intercambiadas entre Sarmiento y Gutiérrez y sugiere que el autor podría ser Gutiérrez.<sup>34</sup> Antonio Pagés Larraya no vacila: la adjudica a Gutiérrez sin más, y lo mismo han hecho otros críticos.<sup>35</sup> Complica las cosas una carta escrita por Sarmiento a Gutiérrez el 8 de agosto que expresa considerable insatisfacción con la reseña escrita por él: "Escribió usted su salutación editorial en *El Mercurio* y se la agradezco. Si no fuera periodista yo hubiera creído que la chanza era pesada; pero como soy del metier, comprendí que hacía usted con el *Facundo* lo que yo he hecho tantas veces con otras cosas peores. No vaya usted a tener la falta de gusto de entrar en explicaciones sobre este punto."<sup>36</sup> El artículo publicado por *El Mercurio* el 27 de julio (apenas tres días después de la carta con la que Sarmiento envió el primer ejemplar) no pudo haber inspirado estos comentarios, porque era entusiasta en todo sentido. Además, el 22 de agosto, escribiéndole otra vez a Gutiérrez sobre el libro, Sarmiento alude al *Facundo* como "mi Odisea, como se ha complacido en llamarla usted"<sup>37</sup>, no hay alusión a la obra de Homero en la reseña del 27 de julio, ni hay cartas en las que Gutiérrez sugiera la comparación. En este punto tomamos aguda consciencia de lo precario del contacto establecido con el pasado. Si es eminentemente textual, también está sujeto a los vacíos con los que está fraguada esta textualidad: o bien la lectura que hizo Sarmiento de la reseña que apareció el 27 de julio la malinterpretó totalmente, o bien en algún lugar de *El Mercurio*, entre el 24 de julio (cuando Sarmiento le envió el libro a Gutiérrez,) y el 8 de agosto (cuando le escribió claramente disgustado con la reseña) hubo otra reseña que fue menos favorable. Obviamente, debemos volver a los registros históricos en busca de un texto que pueda ayudar a construir una explicación plausible. Una vez más aquí nos enfrentamos con la inaccesibilidad del pasado: todas las colecciones microfilmadas de *El Mercurio* disponibles en los Estados Unidos (en la Biblioteca Sterling de la Universidad de Yale, la Biblioteca del Congreso y la Biblioteca Bancroft en Berkeley) tienen un largo blanco que se extiende entre el 30 de junio y el 18 de agosto. En los microfilms completos en la Biblioteca Nacional de Chile no hay otras reseñas durante estos días. ¿Habrán malinterpretado Sarmiento la del 27?

¿Gutiérrez escribió otra reseña que no podemos encontrar? Aparte de este efecto desalentador, la situación es característica de las primeras lecturas de este texto.<sup>38</sup> La notable inestabilidad interpretativa que caracteriza a *Facundo* no deriva exclusivamente de los conflictos entre lectores, sino también de las discrepancias que pueden detectarse en el mismo lector, y que parecen nacer de las diferentes circunstancias dentro de las cuales tienen lugar sus actos de lectura. Las interpretaciones pueden diferir según estén expresadas en el espacio privado de una carta o en el espacio público de un periódico. Gutiérrez expresa fuertes reservas al *Facundo* en una carta escrita a Alberdi el 6 de agosto de 1845. Le asegura que "todo hombre sensato verá en él una caricatura", y hacen a veces los viajeros por decir cosas raras: el *Matapero*, la mulata en intimidad con la niña, el cigarro en boca de la señora mayor... La República Argentina no es charca de sangre: la civilización nuestra no es el progreso de las escuelas primarias de San Juan."<sup>39</sup> Del mismo modo, Echeverría, que escribió una apreciación muy positiva del libro en la "Ojeada retrospectiva" que es parte del *Dogma socialista* ("los apuntes biográficos de Fr. Aldao y la vida de Juan Facundo Quiroga son en concepto nuestro lo más completo y original que haya salido de la pluma de los jóvenes proscripios argentinos")<sup>40</sup> expresaba una reacción diferente y fastidiada en una carta a Alberdi el 12 de junio de 1850: "¿Qué cosa ha escrito él que no sean cuentos y novelas según su propia confesión? ¿Dónde está en sus obras la fuerza de raciocinio y las concepciones profundas? Yo no veo en ellas más que lucubraciones fantásticas, descripciones y raudal de cháchara infecunda."<sup>41</sup> Dentro de la comunidad de exiliados, el *Facundo* fue juzgado de modos muy mezclados; hasta un admirador como Alsina desautoriza el libro escribiendo sus meticulosas cincuenta y una notas, con la intención, según dice, de "no... dejar pasar errores... acerca de los hechos como acerca de los juicios".<sup>42</sup> Las correcciones de Alsina son objeto de un examen separado en el Capítulo 2; para mi propósito aquí basta decir que Sarmiento aludió a ellas en la edición de 1851 de un modo que revela el efecto desestabilizador que tuvieron sobre sus propios reclamos de validez.

Estas "historias" plantean la cuestión de cómo el *Facundo* llegó a ocupar una posición central en el canon latinoamericano aceptado. Es una historia que nos lleva a los primeros años del siglo XX y la producción de los mitos de identidad nacional asociados

con las celebraciones del "Centenario". De todos modos, la aparición del libro, en tanto describe un espacio multidimensional en el que una variedad de escritos se funde y choca, prefigura los conflictos que caracterizan la historia de su recepción. En último análisis, es un proceso en el que la lectura se muestra en sus dimensiones problemáticas, pero productivas.

## Notas

- 1 "Mi defensa", en *Sarmiento en el destierro*, ed. Armando Donoso, M. Gleizer, Buenos Aires, 1927, pág. 160.
- 2 Michel Foucault, *The Archaeology of Knowledge*, trad. A. M. Sheridan Smith, Harper Colophon Books, Nueva York, 1976, pág. 25.
- 3 Walter Benjamin, *Illuminations*, Fontana/Collins, Glasgow, 1970, pág. 263. Trad. César Aira.
- 4 *La correspondencia de Sarmiento*, de Carlos A. Segreti, Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba, 1988, págs. 154-155. Se ha respetado la peculiar ortografía de Sarmiento.
- 5 *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 154.
- 6 *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 103.
- 7 *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 78.
- 8 *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 80.
- 9 *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 183.
- 10 *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 184.
- 11 Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1983.
- 12 Véase *Image and Pilgrimage in Christian Culture*, Columbia University Press, Nueva York, 1978, y "Social dramas and Stories about Them", *Critical Inquiry*, 7, 1, otoño de 1978, págs. 141-168.
- 13 Arthur Danto, *Analytical Philosophy of History*, Cambridge University Press, Londres y Cambridge, 1968, pág. 84.
- 14 "What is an Author?", en *Textual Strategies*, comp. Josue Harari, Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1979, pág. 147.
- 15 Véase un examen detallado y muy útil de este aspecto en Elizabeth Garreis, "El *Facundo* como folletín", *Revista Iberoamericana* 13, abril-junio de 1988, págs. 419-447.
- 16 *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 50.
- 17 *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 49.
- 18 En *Facundo*, ed. Alberto Palcos, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962, págs. 24-25.
- 19 *El Mercurio*, 30 de julio de 1842.
- 20 Domingo F. Sarmiento, *Obras completas*, Editorial Luz del Día, Buenos Aires, 1948, vol. VI, págs. 159-160.
- 21 *Sarmiento, Obras*, vol. VI, pág. 160.
- 22 Es un pasaje revelador de la *Ortografía*, pues enumera los nombres de los "sabios" que apuntalan la autoridad cognitiva de Sarmiento, la mayoría de los cuales aparece en los epígrafes del *Facundo*: un recurso legítimador, obviamente. Menospreciando la "nulidad de la Academia de la lengua castellana", se hace las siguientes preguntas retóricas: "¿Son filósofos que puedan compararse con los filósofos de las naciones que nos transmiten las ideas de que vivimos? ¿Son historiadores como Guizot,

Thierry, Niebuhr, Michelet y toda la grande escuela histórica de nuestra época? ¿Son sabios como Arago o Cuvier, literatos como Villemain, gramáticos como la nueva escuela francesa, poetas como Hugo, Chateaubriand, o Lamartine?" (*Obras completas*, vol. VI, pág. 6.)

<sup>23</sup> *The Archaeology of Knowledge*, pág. 23.

<sup>24</sup> *Viajes*, Editorial Belgrano, Buenos Aires, 1981, pág. 116.

<sup>25</sup> *El Siglo*, 14 de junio de 1845. Citado en *Ilustración Argentina*, 1 de agosto de 1849.

<sup>26</sup> *Archivo de Juan María Gutiérrez*, Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1979, pág. 13.

<sup>27</sup> *Archivo Gutiérrez*, pág. 9.

<sup>28</sup> *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 89.

<sup>29</sup> *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 83.

<sup>30</sup> *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 97.

<sup>31</sup> *Archivo Gutiérrez*, págs. 48-49.

<sup>32</sup> *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 82.

<sup>33</sup> En su edición crítica del *Facundo: Civilización y barbarie*, Universidad Nacional de la Plata, La Plata, 1988, pág. 320.

<sup>34</sup> En *Domingo Faustino Sarmiento: Educateur et publiciste (entre 1839 et 1852)*, Institut des Hautes Etudes de L'Amérique latine, Paris, 1963, pág. 428.

<sup>35</sup> En "La recepción de un texto sarmientino", *Boletín de la Academia Argentina de Letras* XLIX, 1984, pág. 241.

<sup>36</sup> *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 85.

<sup>37</sup> *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 86.

<sup>38</sup> La temporalidad de la lectura está fraguada con problemas de transmisión textual. Véase una lúcida exposición del tema en Susan Noakes, *Timely Reading: Between Exegesis and Interpretation*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1988. Quiero agradecer a mi amigo el Dr. Eduardo Duek por su invaluable ayuda para obtener materiales de la Biblioteca Nacional de Chile.

<sup>39</sup> En *Atlántida* X, 1939, pág. 161.

<sup>40</sup> *Dogma socialista*, La Torre de Babel, Buenos Aires, 1958, pág. 76.

<sup>41</sup> En *Escritos póstumos de J. B. Alberdi*, Imprenta Alberto Monkes, Buenos Aires, 1897, Vol. XV, pág. 790. Citado en Pagés Larraya, "La recepción", pág. 245. Que Alberdi sea el receptor de estas dos cartas de Gutiérrez y Echeverría no es mera coincidencia: él era el lector ideal de las objeciones de este tipo, en tanto el más formidable enemigo de Sarmiento.

<sup>42</sup> En *Facundo*, ed. Alberto Palcos, pág. 426.